

i Empezamos!, como dicen los regidores de escena. Solo que para empezar yo quiero expresarles que mi deseo es no resultar un elemento demasiado extraño entre las gentes de teatro —teatros o teatristas— que haya entre ustedes; aunque ello —caer extraño— sería lógico que sucediera porque la verdad es que yo no soy más que un escritor, y lo único que sé hacer, bien o mal, o regular, es literatura, aunque —eso sí— también entre mis habilidades literarias está la de hacer eso que se llama «literatura dramática», y que prefiero nombrar con una palabra que todavía no se ha hecho popular, ni acaso se haga nunca, pero que yo la uso; esa palabra es «parlatura», que no es otra cosa que la literatura que se escribe para el teatro y la literatura que algunos hacemos —y por eso se nos llama autores, al menos todavía— para que otros (los actores) la hablen y la maten o la interpreten o la recreen sobre los escenarios. (Diálogos para ser parlados: parlatura. Diálogos y monólogos, que también, en su fondo, son diálogos, pues las palabras son siempre dialogales).

Algo tengo que ver, pues, con el teatro, pero no esperen de mí que dirija a unos actores durante unos ensayos; ni que dé ideas luminosas —nunca mejor dicho— para que una escenografía adquiera, con determinadas luces, el debido relieve; ni para diseñar arquitecturas escénicas; ni para establecer una pauta de ruidos y de músicas en el curso de una acción teatral, ni para nada; en fin: una calamidad, mientras muchos de mis colegas escritores son también teatreros y se muevan en los escenarios (donde yo no paso de ser un huésped) como el pez en el agua. Aunque ustedes vean que en las historias del teatro español mi nombre figura con algunas o muchas páginas, para el teatro yo soy, con arreglo a mi apellido, y haciendo un chiste definitivamente malo, un verdadero de—sastre. No, yo no sabría ni siquiera cómo dirigirme a los técnicos en el escenario, ni casi sé —y de oídas— el argot propio de estos oficios que ahora se suelen agrupar bajo la denominación de «las artes escénicas». ¿Un forllo? ¿Aquel practicable? ¿Ese cañón? ¿Una carra? ¿Un cenital? ¿La faldeta? ¿Un escafurcio? ¿Tal camelo? ¿Las patas de la cortina? ¿La escotadura? ¿El ciclorama? ¿Entre cajas? ¿Y qué es un telón corto? ¿No será un telón al que se le ven las piernas? Bueno, en fin, allá ustedes con su lenguaje; pues yo no soy, como les digo, más que aquella persona de la que antes se decía: «Es el Autor», y al que el público solía llamar al final de los estrenos: «¡Autor! ¡Autor!» Cosa que al parecer ocurrió por primera vez en la España del siglo XIX al terminar el estreno de la tragedia *El Trovador*, del joven autor Antonio García Gutiérrez, que dicen que salió al escenario vestido de soldado porque entonces estaba haciendo su servicio militar y le habían dado un permiso en el cuartel para asistir al que fue un acontecimiento tan feliz, que hasta llegó a ser la base literaria de la ópera de Verdi *Il trovatore* (como *Don Álvaro* o *La fuerza del sino*, del Duque de Rivas, lo fue de otra ópera de Verdi, *La forza del destino*. Todo esto pertenece a la historia del teatro romántico español).

¿Entonces en qué quedamos? ¿Los escritores dramáticos que en el teatro «no somos más que escritores» formamos parte de una especie a extinguir? Yo lo sentiría, y no solo por mí, sino por el teatro, y ustedes disculpen mi quizás indisculpable vanidad, pues creo que es a escritores que apenas han hecho en el teatro otra cosa —o ni eso— que asistir



Alfonso Sastre
España

los intelectuales y el teatro de hoy

a los ensayos, a quienes debe la historia no pocos de sus episodios más brillantes. La cosa está clara: desde el exterior del teatro se ven mejor algunas dimensiones de lo que ocurre dentro, y se pueden remediar mejor algunos de sus males, al menos, del orden de la poesía y de la estética teatrales.

Queda claro, pues, que yo no soy eso que se llama «un hombre de teatro», y mucho menos «un animal de teatro» —como se dice elogiosamente de algunos artistas de la escena—, a pesar de figurar con algún relieve en sus historias; pero sí me permito —y me he permitido siempre— opinar sobre lo que en el teatro ocurre, y muchas veces lo he hecho y lo hago sobre lo que sucede en el teatro español. ¿Les interesa, aunque sea lejanamente, este tema?

Suponiendo que sea así, les diré que el «teatro español» ha sido siempre y sigue siendo una institución muy reaccionaria.

Estoy cansado de decirlo allí, pero ustedes no pueden estar todavía cansados de esto que digo, pues es la primera vez que así me expreso para ustedes. Así es que casi todo lo mejor que ha ocurrido en el teatro español a lo largo de la historia, en el sentido de ampliar su mundo y abrir sus horizontes, lo han hecho, hasta la fecha de hoy mismo, escritores, muchos de ellos generalmente rechazados o a duras penas admitidos en los escenarios de España. Entre estos se encuentran desde Cervantes —el autor de esa gran tragedia que es *La Numancia*— en los siglos XVI/XVII, a Ramón del Valle Inclán, en el siglo XX. Lo mejor del teatro español se ha hecho, me reafirmo, «contra el teatro español». (Es una paradoja más del teatro.)

Se hace, pues, el mejor teatro español, decimos, «contra el teatro español», queriendo decir con ello: contra la estructura y la organización, tanto pública como privada, de este fenómeno sociocultural y contra sus agentes, empresarios, actores ilustres y, ya en el siglo XX, contra los directores y los programadores oficiales y la Administración Pública en general. ¡Y siempre ha sido así, con unos u otros matices y unas u otras intervenciones en el proceso! En realidad, se trataría hoy de establecer una verdadera dialéctica, y para ello es preciso plantearse cuál tendría que ser la propia (dialéctica) del teatro. ¿La de la verdad contra la mentira? ¿La de la literatura contra la espectacularidad? ¿La de los escritores contra los teatreros o teatristas? ¿La del individualismo de unos escritores —muy «suyos»— contra las «creaciones colectivas»?

En realidad se trataría de reivindicar juntos, unos y otros, escritores, artistas y técnicos, el carácter colectivo —buenamente colectivo y lejano de todo revoltijo— de los espectáculos dramáticos; carácter colectivo que, precisamente, reclama la importancia del componente literario, de la literatura, y por tanto de los escritores en esos colectivos que tantas veces no lo son, sino dictaduras de algunos directores que se autoafirman como estrellas en todo lo que hacen, y que no ven en los dramas escritos sino una materia que sirva de base a sus «inventos» escénicos o lucubraciones.

http://www.lajiribilla.cu/2003/n124_09/124_18.html

continúa en la página 11

PÁGINA

02

El MURO y las GUERRAS
Guillermo Rodríguez Rivera

PÁGINA

08

Entrevista con Antonio Maira sobre los negocios de El PAÍS

PÁGINA

12

Novedad y pulsión en la narrativa CUBANA
Alberto Garrandés

PÁGINA

14

EL QUINTO PODER
Ignacio Ramonet

Cuando en 1989 cayó el muro de Berlín, las reacciones fueron múltiples. Imagino que la mayoritaria en la propia ciudad alemana debió haber sido de alivio, como la llegada de algo que se anhela y que fatalmente tenía que ocurrir, porque sería terrible para un habanero solo pensar que La Rampa y el Paseo del Prado pertenecieran a países diferentes y aun enemigos y que, el que vive en Miramar, no pueda acudir a la casa del amigo que está en el barrio de Belén.

Otros, viendo acaso un poco más lejos, debieron preocuparse, temiendo las insospechadas consecuencias que casi siempre tienen las simples alegrías: la reunificación de Alemania fue la fusión de dos zonas que habían construido mundos diferentes, pero esos mundos no se reunificaron sino que, simplemente, uno de ellos, absorbió al otro.

Las empresas y negocios de la RDA daban trabajo a los varios millones de habitantes que tenía el país. Cuando solo la ley del mercado se hizo presente, esas empresas resultaron «no competitivas» frente a las de la RFA, y fueron condenadas a la desaparición. Con ellas se esfumaron los puestos de trabajo que generaban y, de pronto, en una zona del mundo a la que arribaban turcos, vietnamitas y árabes a asumir los trabajos duros que sus nacionales ya no querían hacer, empezó a producirse una resurrección xenofobia, porque ahora los desempleados alemanes querían los puestos de trabajo que antes habían despreciado y dejado y olvidado en manos extranjeras.

Los amantes de la tranquilidad menos exigentes, los más acomodaticios, imaginaron que el fin de la Guerra Fría los liberaría de tener que pensar: Fukuyama les anunciaba, con redobles de tambor mundiales, el fin de las ideologías. Como si los hombres, para bien y para mal, pudieran vivir sin pensar. Casi dos siglos antes, el sabio Jorge Federico Guillermo Hegel había diagnosticado el fin de la historia, porque le parecía que el Estado prusiano representaba la totalidad de la suma de bondades que un estado puede reunir. Esa idea insólitamente conservadora, generada paradójicamente por un sabio decimonónico y dialéctico, y repetida por un mediocre contemporáneo manipulador de ideas, llegó hasta cantautores «progres» como el español Joaquín Sabina quien, entre risueño y cínico, proponía otras «ías» para rimar con las desaparecidas Guerra Fría e ideología: gastronomía, peluquería, bisutería. Es difícil medir hasta dónde se burlaba de la acrecentada banalidad que se nos venía encima y hasta dónde se sentía liberado de la «dura responsabilidad» de comprometerse que, obviamente, nos estaba anunciando. El anti *engagement* parecía emerger como la obligatoria actitud de la época.

La ilusión duró poquísimo: los vencedores de la Guerra Fría no quisieron moderar entonces su ideología de derecha sino que, a la inversa, la potenciaron. Todo lo que oliera a «izquierda» pertenecía al mundo de lo «desfasado», de «lo que no se lleva», del «parque jurásico».

Lo que se llevaba era la democracia y esa encarnaba en el sistema que proponían y defendían los norteamericanos desde 1776. Era difícil hallar la novedad del *american way of life*, pero nunca es tarde cuando se tienen deseos de descubrir y muchas esperanzas de acceder al nuevo electrodoméstico.

Ya estaba dado el primer paso de lo que muy poquito después iba a llamarse «globalización»: que, en efecto, viva la gastronomía, pero lo que se va a comer en el universo es *McDonald*.

Los que creían que los orígenes de las guerras estaban en la existencia de dos sistemas socioeconómicos antagónicos —capitalismo y socialismo—, habían mostrado una enciclopédica ignorancia de la historia universal y de los centenares de guerras que tuvieron lugar siglos antes de la Revolución de Octubre.

Los Estados Unidos habían sido derrotados en la última guerra de agresión que habían librado. La victoria del Frente de Liberación Nacional —eso que los norteamericanos llamaban el *Vietcong*— contribuyó como nada a la pacificación del mundo.

En Vietnam, los Estados Unidos quisieron evitar el cumplimiento de los acuerdos que en la década del cincuenta establecieron, para Vietnam, la realización de un referéndum que decidiría el destino de la dividida península indochina y que, obviamente, iba a ser ganado por las fuerzas políticas que lideraba Ho Chi Mihn.

Para evitar la democrática unificación de Vietnam bajo la perspectiva socialista, la derecha norteamericana instaló en Saigón sucesivos regímenes militares y llegó a tener más de medio millón de hombres en Indochina, en tiempos de Lyndon B. Johnson, el texano sucesor del asesinado John F. Kennedy.

En unos meses que pudieron extenderse a un par de años, el Pentágono se percató de la inesperada realidad: el ejército más poderoso del mundo estaba siendo implacablemente desalojado por los combatientes de un país pobre, pero que estaba decidido a echarlo de su territorio.

Hay que reconocer que Vietnam tenía el apoyo logístico de la URSS. Vietnam nunca recibió ni quiso

recibir un solo soldado extranjero que le ayudara, pero sí los cohetes soviéticos *Sam* que «bajaron» de su cielo más de tres mil aviones de guerra norteamericanos y los poderosísimos octomotores B52.

Una vez que el contrapeso que la URSS hacía a los Estados Unidos desapareció y había emergido una generación norteamericana que no vivió el «síndrome de Vietnam», Estados Unidos decidió intentar nuevas guerras, porque no puede poseerse la mayor industria militar del mundo impunemente; es imposible no consumir los productos de unos fabricantes que sostienen de manera decisiva las campañas de los políticos republicanos y demócratas, que tienen a sus futuros ejecutivos en los secretarios de defensa retirados y, al cabo, solo gastan los fondos proporcionados por los contribuyentes que, con comodidad, pueden sustraerse de las erogaciones que deberían hacerse en salud, en educación o en seguridad social.

Desde el fin de «la ideología», desde que se suponía implantado el imperio de «la bisutería», en poco más de una década, los Estados Unidos han participado en cuatro guerras sucesivas, si es que podemos llamarlas así. Han sido, en verdad, cuatro campañas de exterminio en las que no ha habido ningún enemigo de alguna consideración enfrente.

Esa historia la inició George Bush Sr. con la campaña emprendida en 1991 para conseguir la liberación de Kuwait, abusivamente anexada por el régimen iraquí de Saddam Hussein, quien desoyó todos los reclamos del mundo para que detuviera esa criminal acción. Bush Sr. pudo haber derrocado entonces al gobernante iraquí. ¿Por qué no lo hizo el antiguo director de la CIA? ¿Acaso porque Hussein fuera servidor de la inteligencia norteamericana en su enfrentamiento con Irán? ¿Acaso porque el descalabro del régimen iraquí fortalecería a sus vecinos iraníes y crearía un desequilibrio en la región que Washington no deseaba? ¿O acaso porque todavía existía la URSS? Acaso había un poco de todo.

La segunda guerra —la cuestión de Kosovo— ya incluyó una manipulación de la información en torno a la historia de la crisis aparecida en esa provincia serbia. Kosovo, y su capital Pristina, había sido una zona en la que fue acumulándose una amplia inmigración albanesa que, alentada desde la desaparición de Tito, había ido haciéndose más y más rebelde. Aun cuando disfrutaba de autonomía —al igual que la norteña provincia serbia de Voivódina, de mayoría húngara— los albaneses de Kosovo aspiraban a una independencia que el gobierno de Yugoslavia no estaba dispuesto a concederles desintegrando su propio territorio. No han sido otras las actitudes —son tres ejemplos— del gobierno español ante los reclamos de independencia vascos, la del gobierno británico respecto de Irlanda del Norte, o la de Rusia respecto de los chechenos.

La OTAN satanizó ante el mundo al régimen de Milosevic, pero se abstuvo de señalar que los rebeldes kosovares cometieron las mismas masacres étnicas de que acusaban a sus enemigos serbios.

La Unión Soviética acababa de desaparecer y, por una vez, los terroristas no eran los que combatían el orden establecido, sino los representantes de ese orden.

La guerra sirvió, además de para satisfacer los inagotables reclamos del complejo militar industrial y probar y vender nuevas armas, para liquidar la independencia de uno de los escasos regímenes que la conservaban en Europa del Este. Yugoslavia, siempre libre desde los tiempos en que Tito enfrentó a Stalin, mantenía sus formas de autogestión socialista que tiempos atrás los líderes soviéticos habían etiquetado como «revisionistas».

Pero mientras la acendradamente prosoviética Bulgaria daba el mismo salto al capitalismo que Rusia, Yugoslavia había mantenido una firmeza en sus valores socialistas que hacían deseable su desaparición.

Serbia fue arrasada y su gobierno derrocado por las tropas de la OTAN, pero Kosovo, después de la guerra, tiene exactamente la misma autonomía que tenía antes de la contienda.

La tercera guerra ya era injustificable. Había ascendido al poder el único presidente no-electo de la historia de los Estados Unidos.

Después que unas decenas de terroristas, usando como armas unos cuantos aviones norteamericanos secuestrados en Boston con unas precarias cuchillas, derribaron las torres del *World Trade Center* y atacaron el edificio del Pentágono suicidándose a la vez, la administración de George Bush culpó a todo un país de albergar al hombre que consideraron responsable de la asonada terrorista: Osama Bin Laden, como Saddam Hussein contra Irán, antiguo colaborador de la CIA en la lucha contra los soviéticos en Afganistán.

Los dirigentes norteamericanos actuaron siguiendo los mismos patrones de pensamiento de los terroristas a los que decían combatir: la culpa de las acciones de unos pocos hombres se transmiten a todos los que viven donde ellos gobiernan; si la culpa es colectiva, el castigo, por ello, también ha de ser colectivo e indiscriminado. Después de las semanas de guerra contra el Talibán en Afganistán, los ataques norteamericanos habían producido más muertos entre la población civil de ese país que el número de los inocentes neoyorkinos o residentes de New York masacrados en las Gemelas. Ello sin que Osama Bin Laden ni el mulá Omar estuvieran entre las víctimas de la venganza ejecutada por las telefuerzas estadounidenses.

La cuarta guerra dio un paso más allá y, como habrían dicho los filósofos de la dialéctica, estableció un cambio de calidad en muchos sentidos.

Contra Iraq se escarbó buscando razones para justificar el ataque que iba a venir de todos modos.

el muro

y las guerras

Guillermo Rodríguez Rivera
Cuba

Ilustraciones: Idania

El régimen de Saddam Hussein fue acusado de poseer armas de destrucción masiva que no aparecían, a pesar de las exhaustivas inspecciones de Naciones Unidas.

El jefe de los inspectores, el honesto Hans Blix, estuvo semanas y semanas revisando Iraq. No hallaba ningún arma de destrucción masiva, pero los integrantes de la administración Bush decían que allí estaban. Hasta que el harto Blix llegó a una conclusión empapada en simple pero también aplastante lógica: «es muy difícil pensar que alguien sabe con toda seguridad que existen unas armas, pero que ese alguien no sabe dónde están».

Nadie quería la guerra. Países europeos con derecho al veto (Francia, Rusia) se opusieron a la resolución patrocinada por Estados Unidos y el Reino Unido que autorizaba el ataque. Pero los coaligados —que demandaban el derecho al ataque preventivo— decidieron pasar por encima de la voluntad del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. Nadie había tomado una decisión de esa naturaleza desde que Hitler desconoció a la Liga de las Naciones antes de desatar su guerra de conquista contra el mundo.

Para evitar el posible uso de armas de destrucción masiva (que el país atacado por fuerzas infinitamente superiores a las suyas nunca usó, y que luego no han aparecido en ningún sitio del Iraq ocupado) se emplearon decenas de estas armas para masacrar a miles de iraquíes, que así resultaron los primeros entre los que Estados Unidos aspiraba a liberar de los males que sufrían.

Allá fueron las fuerzas de los Estados Unidos y del decepcionante régimen del laborismo inglés cuyo líder, Anthony Blair, ha resultado tan reaccionario como Margaret Thatcher, pero más subordinado que ella al influjo yanqui y claro que mucho más deshonesto, porque la Dama de Hierro dio la cara cuando permitió la muerte de los militantes del IRA que hicieron huelga de hambre hará un par de décadas, pero nadie pudo asociarla nunca con ningún episodio tan turbio como ha sido la muerte de David Kelly.

Después de la «liberación» iraquí por las fuerzas anglo-norteamericanas, han muerto allí unos cuarenta soldados estadounidenses. En un ataque suicida fue prácticamente destruida la misión de la ONU en Bagdad, y asesinado su jefe, el embajador Sergio Vieira de Melo, enviado personal del secretario general Kofi Annam.

Algunos periodistas recalcan que era la primera vez que las Naciones Unidas sufría un ataque de esa naturaleza. Habría que añadir que la invasión a Iraq fue también la primera vez en que dos integrantes permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU, Estados Unidos y el Reino Unido, actuaron contra un acuerdo de ese Órgano que, como todos los que de él emanan, son de obligatorio cumplimiento, sin que nadie acordara o al menos propusiera ni siquiera una sanción simbólica por ese hecho.

Otro analista comentaba: «Iraq era un país relativamente tranquilo. El ataque anglo-norteamericano lo ha convertido en una amenaza».

Los Estados Unidos quieren evadir esa sangría que la resistencia iraquí les hace día a día: desde mayo hasta hoy, desde que terminó la guerra, mueren casi dos norteamericanos diariamente en la nación mesopotámica. El deseo estadounidense es que otras naciones participen en el desastre que ellos, junto al gobierno de Blair, crearon contra

electoral en los Estados Unidos y no se trata de que los angustiados e hipotéticos electores vean aparecer día a día jóvenes norteamericanos muertos, aunque mayoritariamente sean negros y latinos.

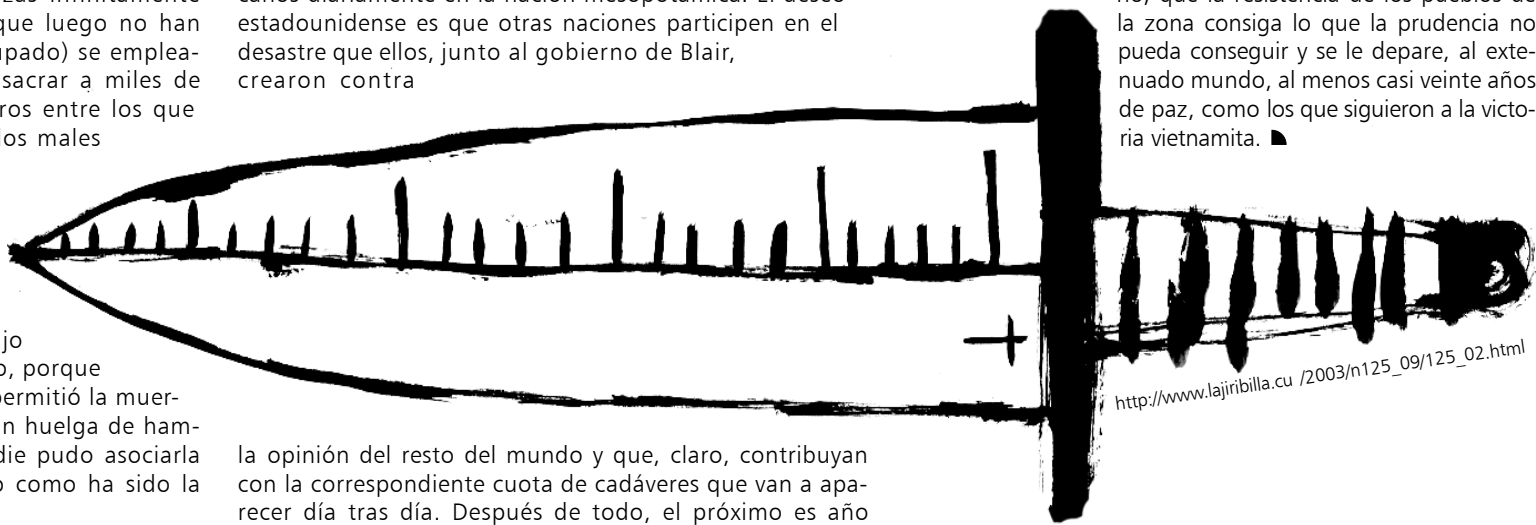
¿Aceptarán los gobiernos —y más aún, los ciudadanos— de Francia, Alemania y otras naciones compartir los deberes de un ataque y una ocupación en la que no tuvieron ni tienen responsabilidad, y en la que no tienen ni van a tener autoridad, y a la que se les convoca para compartir muertos?

Está por verse, como está por verse cuál será la próxima guerra ideada por la administración yanqui y cuál será su pretexto, si es que hiciera falta.

De cuando en cuando, desde hace semanas, saltan entre los halcones norteamericanos (Rumsfeld, Rice, y claro que el propio Bush, e incluso el más moderado cernicalo Powell) acusaciones contra nuevos países árabes, como Siria e Irán.

¿El afán por olvidar Vietnam será tan vehemente que hará que tampoco se recuerden las consecuencias de la internacionalización del conflicto que Estados Unidos llevó a Laos y Cambodia, con desastrosos efectos para sí? Ojalá quede algo de memoria y la escalada de la agresión cese. O si

no, que la resistencia de los pueblos de la zona consiga lo que la prudencia no pueda conseguir y se le depare, al extenuado mundo, al menos casi veinte años de paz, como los que siguieron a la victoria vietnamita. ▀



la opinión del resto del mundo y que, claro, contribuyan con la correspondiente cuota de cadáveres que van a aparecer día tras día. Después de todo, el próximo es año

Carta abierta a los intelectuales y artistas del Estado español

Una delegación de la Alianza de Intelectuales Antimperialistas ha viajado en septiembre a Cuba para manifestar su solidaridad con el pueblo cubano y con su Revolución, y para establecer contactos con escritores, artistas plásticos, cineastas, músicos y otros representantes del mundo de la cultura.

El viaje ha corroborado lo que ya sabíamos: que Cuba, como último baluarte del socialismo y obligado referente de las esperanzadoras transformaciones sociopolíticas que se están produciendo en América Latina, está hoy más que nunca en el punto de mira del imperialismo estadounidense y de sus cómplices europeos, y que Cuba resiste el acoso con redoblada entereza y con ejemplar dignidad.

El neofranquista Gobierno español, que ha jugado —y sigue jugando— un papel especialmente abyecto en el conflicto de Iraq, también se ha convertido en uno de los principales instigadores de la actual campaña internacional contra Cuba; y esta vez con la complicidad de la supuesta oposición y de algunos intelectuales y artistas que, ante la opinión pública, pasan por progresistas. En este sentido, el papel jugado por el diario *El País* —y por el grupo PRISA en general— ha sido decisivo. A nadie puede sorprenderle que los canallas que, en función de los intereses económicos de sus amos, apoyaron en su día a los golpistas venezolanos, firmaran la *Carta abierta contra la represión en Cuba* publicada en *El País* el pasado 7 de junio. Pero sí sorprende ver, junto a las firmas más serviles y reaccionarias, las de algunas personas de probada —o probable— honradez intelectual.

Creemos que la tendenciosa redacción de la esquemática *Carta de El País* puede haber inducido a algunas personas a añadir su firma a lo que se presentaba como una defensa de la «oposición pacífica». Todos estamos —o deberíamos estar— en contra de que se reprima a la oposición pacífica, sea cual fuere el Gobierno al que se enfrenta. Pero los graves acontecimientos que recientemente se han producido en Cuba no tienen que ver con una supuesta «oposición pacífica», sino con los agentes de la CIA y los terroristas a sueldo de Washington infiltrados en el país. El acoso sufrido por Cuba durante más de cuatro décadas se ha intensificado, tras la desaparición de la Unión Soviética, hasta extremos que solo se explican en función del terror que al imperialismo estadounidense y sus aliados —al gran capital, en última instancia— le inspira la viabilidad del proyecto cubano, es decir, la viabilidad de la Revolución socialista. Ni los neofascistas ni los socialdemócratas pueden perdonarle a Cuba que haya demostrado que el socialismo es posible. Tras la caída del muro de Berlín y la desaparición de la URSS, muchos creyeron que la Revolución cubana estaba liquidada; pero mientras los contrarrevolucionarios de Miami hacían las maletas, Cuba resistía y salía fortalecida de la ordalía que supuso el «período especial».

Mientras los neoliberales proclamaban el hundimiento del socialismo y el «fin de la historia», Cuba demostraba que el socialismo está más vivo que nunca y puede desarrollarse incluso en las circunstancias más adversas. Y la heroica resistencia del pueblo cubano ha servido de ejemplo y acicate a toda América Latina. Los importantes cambios políticos y las movilizaciones sociales que en los últimos años se están produciendo en Venezuela, Brasil, México, Argentina, Colombia, Perú, Ecuador, Uruguay..., tienen en Cuba su referente y su modelo.

Una poderosa vibración revolucionaria recorre América Latina de Norte a Sur y de costa a costa, y el epicentro de esa sacudida está en Cuba. El epicentro es Cuba, y el hipocentro es el socialismo, ese socialismo que los neoliberales daban por muerto y enterrado. Por eso los gobiernos más reaccionarios de América y Europa se han aliado contra Cuba con el apoyo incondicional de la supuesta oposición y de algunos intelectuales que —como dijo Dalton Trumbo de quienes durante el macartismo traicionaron a sus compañeros— no defienden el pan de sus hijos, sino sus piscinas.

Si aún cabía alguna duda, los acontecimientos de los últimos años han demostrado, de la forma más brutal e inequívoca, que el imperialismo estadounidense y sus aliados no se detendrán ante nada con tal de llevar adelante sus planes de dominación y expolio. Por eso Cuba necesita hoy más que nunca nuestra solidaridad, del mismo modo que nosotros necesitamos, hoy más que nunca, el ejemplo del heroico pueblo cubano.

A quienes ya han manifestado su apoyo a la Revolución cubana, les pedimos que no se limiten al testimonio personal o esporádico, sino que se sumen a la lucha colectiva y organizada contra la barbarie imperialista.

A quienes —por indecisión, negligencia o cobardía— no han manifestado aún su apoyo a Cuba, les pedimos que lo hagan abiertamente.

A quienes, presionados o manipulados por los poderes mediáticos, han atacado a Cuba confundiendo las agresiones imperialistas con la «oposición pacífica», les pedimos que reconsideren su posición y acudan a fuentes más fiables que los medios al servicio del poder. Si la información objetiva es, para todos, un derecho fundamental, para los intelectuales —y, en general, para quienes expresan públicamente sus opiniones— es, ante todo, un deber insoslayable.

Quienes hemos hecho de la cultura y la comunicación nuestro oficio, tenemos, hoy más que nunca, la obligación moral de oponernos a los abusos del poder y al falaz discurso que intenta legitimarlos. Y eso implica, como objetivo prioritario, defender ese último reducto del socialismo, ese primer paso hacia la democracia participativa que es la Revolución cubana. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n125_09/125-43.html



Septiembre fue un mes de teatro



Ilustración: Darfen

La undécima edición del Festival de Teatro de La Habana (FTH) ha concluido recientemente. Según informes oficiales del Comité Organizador, la cifra de espectadores se elevó a cerca de 55 mil. No cabe duda de que ello es un suceso de público en la historia del FTH. Hay suficientes razones para regocijarnos. El trabajo promocional fue una ola imparable de información en todos los medios de prensa. La permanencia entre nosotros del Perro Huevero también resultó otro logro del Evento. Los dos talleres y el seminario ofrecidos en la sesión teórica es un punto para recordar.

Algunos ya las han acuñado como las jornadas de Moyano, maestro del taller de teatro de calle Epidemia 1, y cuyo ejercicio final estremeció no solo a sus participantes que eufóricos tomaron las calles de El Vedado; sino al transeúnte ocasional que caminaba entre lluvia y lluvia por La Rampa, en el parque de El Quijote, frente al Coppelia, hasta desembocar en la fuente que se abre al malecón: los actores lavando su cuerpo con un agua que nos resulta tan cotidiana y tan extraña a la vez. En esa imagen, apenas advertida, veo yo también el sentido de las palabras que siguen. Gracias a todo ello, la otra cara de esta edición se ilumina, mostrándonos un rostro cuyo perfil se fue conformando día a día, y verificando función tras función.

Desde sus inicios, al FTH lo ha acompañado la frase de José Martí «En teatro como en todo, podemos crear en Cuba». Una de las ideas de Martí que como flashazos ha servido bien para regir y encauzar un pensamiento alrededor de un empeño. Pero para la realización del Festival la rotunda afirmación de nuestro querido Apóstol no es suficiente. La conocida frase resulta un estímulo para los teatristas, una motivación que trasciende las fronteras de un Festival.

¿Por qué y para qué se hace el Festival? A veces creemos que de tanto hacerlo lo tenemos claro. A veces pensamos que basta nuestro tremendo esfuerzo, nuestra persistencia en llevarlo a término, junto con el desgaste personal y económico que implica. Hacer el Festival también pasa por el deseo colectivo de continuar un proyecto de confirmación, de convocatoria teatral, de apertura, y por el hecho de mantener vivo el jolgorio que siempre ha sido desde que en 1980 irrumpió en el movimiento teatral de la Isla como una inteligente y orgánica respuesta a los funestos años del quinquenio gris. No obstante estas razones, el FTH es un hecho concreto, una acción que requiere de un propósito definido, de un concepto a partir del cual las estrategias y objetivos del Festival se hagan más visibles, más claros y provechosos para todos. Sin pretender olvidar, como ya he dicho antes, el tesón, el laboreo y la consagración por puro amor al teatro de la que participan un puñado de gente comprometida con el óptimo desarrollo del Festival.

Hace algunas semanas también mencioné aquí el enorme privilegio de tener a Alfonso Sastre, a Ian Herbert, presidente de la Asociación Internacional de Críticos Teatrales, a Juan Carlos Moyano, Paolo Beneventi, Lluís Masgrau, a Beatriz Camargo, entre los invitados. Pudiéramos decir que la zona de mayor ganancia de este Festival se resume en los disímiles encuentros que se sucedieron cada día en la Fundación Ludwig de Cuba, unidos a los talleres. Por otra parte, el Festival sirvió de espacio para las presentaciones de libros sobre y de teatro en espacios no teatrales. Esto sirvió de extensión y de articulación con el resto de la programación cultural habitual de La Habana.

Un Festival, ya se ha dicho muchas veces, no puede ser la suma acumulativa de espectáculos en las comprimidas jornadas de cada día. Al Festival debe regirle un concep-

to, una idea rectora que les permita a los organizadores y a un comité de selección un trabajo menos angustioso, poder contar con una base fundamental para el desarrollo de su difícil labor, difícil por los innumerables compromisos que se ponen en juego a la hora de la selección de las obras. Aquí se incluyen, por supuesto, los elementos económicos y financieros del gran aparataje que arrastra un festival de estas dimensiones.

Otra de las interrogantes que nos hacemos es si dos años es un período pertinente para realizar todo el trabajo de organización, de localización de grupos, en un festival de carácter internacional; si vale la pena una inversión que optimice una infraestructura técnica y humana en función de la celebración del FTH.

Ya sabemos que el Festival es una fiesta, como diría nuestro Estorino, una isla para el teatro y la alegría y el color. Pero no es algarabía equívoca, caótica, especialmente porque es una fiesta que nos convoca a todos a encontrar un sentido en lo que hacemos, en la parte que nos corresponde en la isla del teatro.

¿Cuál es el punto que distingue el hecho de que algunos espectáculos estén y otros no? ¿Las fechas de estreno? No. ¿La calidad? No. ¿La representatividad? ¿En cuáles términos entonces? ¿Los Premios destacados? Tampoco. ¿El público? ¿Qué buscamos y encontramos con este Festival? Son preguntas lanzadas y estrelladas contra la programación del Festival sin constatar una respuesta que vaya hilvanando la secuencia de espectáculos y sedes de esta edición.

El diseño de tres o cuatro circuitos de programación indica una jerarquización de las obras, además de las condiciones técnicas precisas. Un equívoco en este sentido podía, o pudo de hecho, tirar por tierra una propuesta interesante. Un ejemplo de esto fue *Rashomon*, de Pan Asian Reportory Theater, en el Teatro Mella: la barrera del idioma y una sede destinada a la movilización de grandes públicos con compañías como el Conjunto Folclórico Nacional, Héctor Quintero, o colectivos del humor y de la danza.

Septiembre es el mes del teatro por excelencia para los cubanos. Es el mes del encuentro, de la discusión, del diálogo fuera del escenario; el mes de los homenajes y condecoraciones, de las presentaciones de libros, celebración de talleres, seminarios, y el mes de los boletines. Es el mes del balance, de lo que se ha producido y de cómo va caminando el teatro en la Isla. La Habana y Camagüey conviven en el mes de septiembre. Uno se edifica sobre el otro, y viceversa. La idea original para esta edición de que solo los Premios de Camagüey y el Villanueva de la Crítica participaran en la XI edición del Festival de Teatro de La Habana, quizás no es la mejor respuesta, especialmente para aquellos grupos que no han recibido ninguno de ellos; quizás no sea la solución más sabia, pero es un concepto, una premisa a partir de la cual se construye la arquitectura más visible del Festival. Quizás pueda diseñarse a partir de temáticas, de países, de regiones, o de una estética en particular; aunque se cuenta como desventaja la espera de dos años para llevar a cabo la próxima edición. Pero son solo ideas, señales de un estado de opinión, de un pensamiento también comprometido, por razones de solidaridad elemental y «crítica leal», como acuñara Sastre, hacia el Festival y a quienes cada año se enfrentan a la demoledora rutina de esos días. ■

El gobierno alemán quiere congraciarse

Harald Neuber
Alemania

con los EE.UU.

¿Participarán editoriales alemanas a pesar del boicot cultural de la RFA contra Cuba?

El Büro Buchmesse Havanna 2004, organiza la participación de editoriales alemanas en la Feria Internacional del Libro de La Habana (FILH). Aunque la RFA es el país invitado al Evento, el MINREX alemán canceló la participación hace algunas semanas.

¿Significa la decisión del MINREX alemán el fin de este renombrado Evento cultural?

En modo alguno. Los organizadores esperan editoriales de más de 30 países. A esto se añade que esta Feria en un país de lectores como Cuba, con el lema «Leer es crecer», está concebida como una fiesta popular de la literatura. El pasado mes de febrero tres millones y medio de cubanos pudieron visitar la Feria del Libro, porque después de celebrarse en La Habana la Feria principal, se llevó a todas las provincias. También en febrero de 2004 está previsto así.

¿Cómo han reaccionado los organizadores en La Habana ante la decisión del Gobierno alemán?

Desde luego, hubo decepción y pesar, pues con el Gobierno Federal se habían acordado algunos proyectos importantes para la Feria del Libro. Sin embargo, los organizadores desean perseverar en el hecho de que en la próxima Feria se les dedique un espacio central a la cultura alemana y a sus vínculos históricos con Cuba.

¿No resulta curioso que el MINREX alemán pueda intervenir de esta forma en la política cultural?

El intercambio y la colaboración entre personas y culturas los incluye el MINREX alemán en los principios de su política cultural y educativa en el extranjero. Sin embargo, el valor que tienen estos principios se pone de manifiesto en el boicot contra la Feria del Libro de La Habana. Este Gobierno no tiene, en cambio, tantos problemas en lo que se refiere a la exportación de soldados y armas hacia el extranjero.

¿Se trata en este caso de una decisión aislada de la RFA o hay que integrarla dentro de un contexto europeo?

Analizado fríamente, el Gobierno alemán de coalición está aplicando con este boicot un acuerdo del Consejo de Europa del 5 de julio de 2003, en el cual se solicita a los países miembros de la Unión Europea que, entre otras cosas, reduzcan radicalmente su participación en eventos culturales en Cuba.

¿Tiene la impresión de que dentro del Gobierno federal haya una opinión unificada en cuanto a este tema?

Mi impresión es que el Gobierno federal, después de las desavenencias en relación con la guerra de Iraq, quiere congraciarse con el Gobierno norteamericano.

¿Quiénes se han pronunciado ya contra la decisión?

Hay un amplio rechazo que se extiende hasta sectores de la población que califican el boicot de estupidez.

¿Cómo van a continuar ustedes?

Hemos fundado la Oficina de la Feria de La Habana 2004. Al mismo tiempo nos mantenemos en estrecho contacto con el Comité Organizador en La Habana y con las editoriales, así como con otras instituciones en la RFA. Vamos a motivar a editoriales, autores y artistas a que participen, para lo cual se les ofrecerá apoyo en cuestiones organizativas y en la transportación de libros hacia La Habana. También estamos tratando de obtener condiciones favorables de participación, por ejemplo, mediante stands colectivos y el transporte en contenedores.

Además, hemos creado una cuenta para donaciones. Las condiciones concretas se pueden conocer en el Buró. También vamos a aprovechar adecuadamente la Feria del Libro de Francfort en octubre.

¿Existen manifestaciones de interés por parte de editoriales y libreros?

Las reacciones son estimulantes y abarcan desde la Editorial Neues Berlin, la Ch. Links Verlag y las casas Das Sortiment y Zambon hasta la Editorial Verlag 8. Mai, por solo mencionar algunas. ▀

* Kontakt, Büro Buchmesse Havanna 2004, c/o Cuba Sí, Kleine Alexanderstr. 28, 10178 Berlin, Tel.: 030-24009455, Fax: 030-24009409, berlin@cuba-si.org

http://www.lajiribilla.cu/2003/n126_10/126_15.html

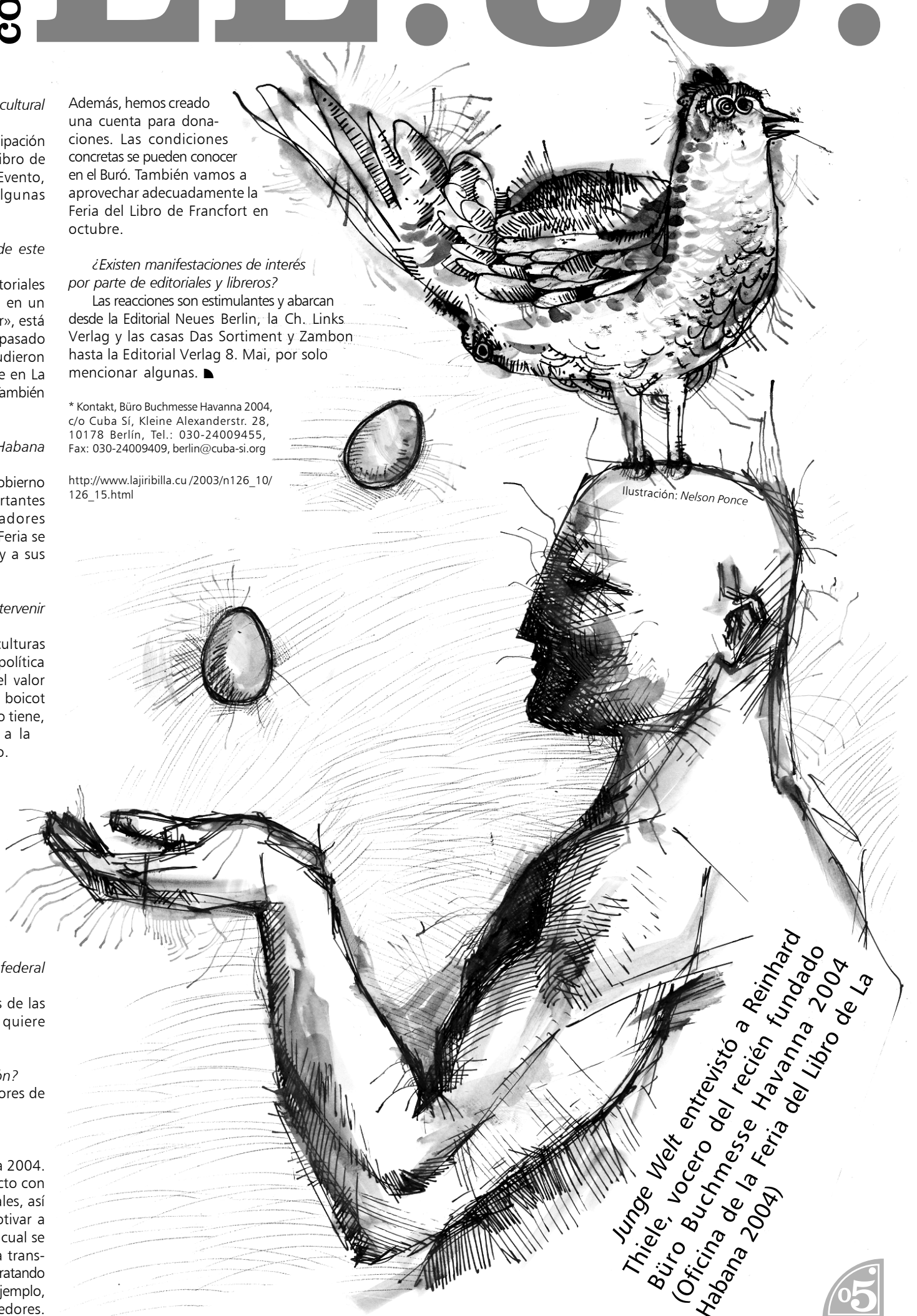


Ilustración: Nelson Ponce

Junge Welt entrevistó a Reinhard Thiele, vocero del recién fundado Büro Buchmesse Havanna 2004 (Oficina de la Feria del Libro de La Habana 2004)



la conciencia crítica

de Edward W. Said

Pedro de la Hoz
Cuba

1

La última batalla de Edward W. Said no ha terminado. El día que se dio a conocer su muerte en Nueva York —eventualidad prevista dado su largo padecimiento de leucemia— varias granadas explotaron contra blancos norteamericanos en Mosul, en tanto los medios de prensa en Estados Unidos reflejaban la creciente inquietud de la población de ese país en torno a la inútil, ineficaz y prolongada aventura militar en la nación petrolera del Golfo Pérsico.

El 11 de abril de este año, aún antes de que los círculos mediáticos y políticos de EE. UU. admitieran el fraude de los pretextos esgrimidos para desatar el segundo capítulo del *remake* contemporáneo de la conquista de las Galias, y de que Tony Blair ardiera en el brasero de quien es cogido en falta, Said tocó una parte del fondo al declarar: «El problema es la falsificación de la realidad y la creación de escenarios ideológicos o metafísicos, que los planificadores de políticas estadounidenses, básicamente ignorantes, se tragaron y le impusieron antidemocráticamente a un presidente fundamentalista y a un público en gran medida malinformado».

La otra parte, desde luego, está en la voluntad geopolítica imperial —nada inocente y muy premeditada— que anima la propuesta bélica con que los EE.UU. ha inaugurado el siglo XXI.

Pero el solo hecho de condensar en una rotunda apreciación el matiz goebbelsiano de la campaña mediática en favor de la guerra, y asociarlo a la prepotencia del actual inquilino de la Casa Blanca —y del clan que lo aupó— fue suficiente para validar una vez más el carácter incómodo del pensamiento crítico de Said.

La guerra contra Iraq confirmó a Said la percepción que se fue haciendo del sistema político y las ramificaciones culturales de la sociedad donde desarrolló su vida intelectual.

Nacido en el Jerusalén ocupado por el colonialismo inglés hace 67 años, Said vivió su juventud en Londres y luego culminó estudios y se insertó en la comunidad académica norteamericana.

Comenzó a acrecentar su prestigio como profesor e investigador en culturas comparadas, pero su identidad árabe-palestina, nunca erosionada, le hizo derivar hacia la reflexión política a raíz de la guerra expansionista de Israel en 1967.

En los últimos tiempos, esa reflexión se dirigió fundamental-

Al intelectual de origen palestino, fallecido este 25 de septiembre en Nueva York, se le debe una de las más lúcidas críticas contra el sionismo, la supervivencia del espíritu colonialista y la guerra imperialista contra Iraq.

mente al análisis de la manipulación política de la administración norteamericana en su afán de imponer su hegemonía a escala mundial, valiéndose del uso despiadado de la fuerza.

Said desmontó, con precisión y agudeza, los vínculos entre la toma de decisiones políticas, los intereses económicos y la actividad de los círculos académicos de la extrema derecha en Estados Unidos.

De manera particular reveló los vasos comunicantes que emparentan la insaciable voracidad de compañías petroleras, informáticas y de la industria militar con la trama de asesores que sostienen la doctrina de la administración actual.

Para Said «lo que resulta monumentalmente criminal es que secuestraron palabras buenas y útiles como 'democracia' y 'libertad', y las retorcieron para servir de máscara al pillaje, el abuso de fuerza territorial y el ajuste de cuentas».

Su dedo acusador contra lo que llamó «corrupción de la democracia» no se levantó por primera vez en el caso de Iraq. Desde mucho antes destacó su palabra por ejercer una sistemática crítica al maridaje entre Washington y Tel Aviv. Por ello, en uno de sus últimos artículos denunció cómo «el programa estadounidense para el mundo árabe es el mismo que el de Israel».

2

Una buena parte del claustro de la Universidad de Columbia, y muchas otras «buenas conciencias» del *establishment*, se indignaron el día que vieron a Said en un reportaje de televisión lanzando piedras contra los ocupantes israelíes en territorio libanés. Aquel fue un gesto simbólico,



Ilustración: Sarmiento

una pequeña contribución a la Intimada. Pero, sobre todo, una llamada de atención para los influyentes medios de opinión que marginaron el pensamiento crítico de Said, contrario a la complacencia con que la Casa Blanca ha venido sosteniendo y apoyando al régimen sionista.

Antes esos medios no habían podido ignorar la lucidez de uno de sus más apasionantes y documentados ensayos, *La cuestión palestina* (1978). Allí el ensayista había desplegado las razones que llevaron a una alianza entre el *lobby* sionista en Estados Unidos y las elites políticas de Gran Bretaña y ese país, no solo para inventar el estado israelí, sino para azuzarlo en la conquista de los territorios vecinos y la destrucción de la cultura palestina.

Pero lo que molestó al sistema fue la decisión de Said de insertarse en la lucha por la autodeterminación de su pueblo en términos prácticos. Su elección como miembro del Consejo Nacional Palestino le valió sucesivas descalificaciones: cómo era posible que un ilustre académico, asentado en Norteamérica por más señas, se sumara a los empeños de «las fuerzas del mal», fue la pregunta que una y otra vez se hicieron políticos y colegas suyos, algunos de los cuales llegaron a sugerir oscuros vínculos con actividades terroristas.

El «mal de ojo» contra Said arreció a partir de 1993, cuando el académico renunció al Consejo por considerar que los acuerdos de Oslo no conducían a parte alguna. No caben dudas de que su dimisión se basó en razones controvertidas que lo llevaron a distanciarse de Arafat, mas ello nunca implicó una ausencia de compromisos con la lucha por el derecho de los palestinos a fundar un estado independiente. En otras palabras, su divergencia con la OLP debe verse como un diferendo táctico que no alteró en lo absoluto sus principios. Y menos aún su irreductible visión crítica acerca de la verdadera naturaleza de la cohabitación entre EE.UU. e Israel.

En el año 2000 resultó demoleedor su análisis acerca de la distorsión del problema palestino de cara a la opinión pública norteamericana: «No existe ningún comentarista político que mantenga de manera absolutamente clara y abierta una posición de resistencia frente a Israel en EE.UU. Algunos columnistas liberales, como Anthony Lewis de *The New York Times*, escriben ocasionalmente de manera crítica sobre las prácticas de la ocupación israelí, pero nada se comenta sobre 1948 y toda la cuestión del desalojo palestino que está en la raíz de la propia existencia (y subsiguiente comportamiento) de Israel. En un artículo reciente, Henry Pracht (un antiguo oficial del Departamento de Estado), advierte sobre la asombrosa unanimidad de las opiniones vertidas en todos los medios de comunicación estadounidenses, desde las películas a la televisión, pasando por la radio, los periódicos, los semanarios o las publicaciones mensuales, cuatrimestrales o diarias: todo el mundo se mantiene firmemente al lado de la versión oficial israelí, que se ha convertido igualmente en la versión oficial norteamericana. Esta coincidencia es el mayor logro del sionismo norteamericano desde 1967, coincidencia que ha sido explotada en el discurso público sobre Oriente Medio. De modo que la política de EE.UU. es igual a la política israelí, excepto en aquellas raras ocasiones en las que Israel se ha extralimitado y ha considerado oportuno hacer lo que le da la gana. La crítica a las prácticas israelíes se ve, por tanto, limitada a salidas de tono, y, por su escasa frecuencia, puede ser calificada de literalmente invisible».

¿Odiaba Said a los hebreos? ¿Su radical postura frente a la cuestión palestina lo llevó a ser un irreconciliable enemigo de los israelíes? Nada más lejos de la verdad. Un hecho habla por sí solo: luego de recibir, junto al pianista y director de orquesta israelo-argentino Daniel Barenboim el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia, ambos decidieron fomentar una experiencia única, reunir a jóvenes músicos israelíes y palestinos en una orquesta-conservatorio. Este verano la iniciativa llegó a su esplendor, como ejemplo de convivencia racional entre seres humanos. Quien tuvo el coraje para lanzar una piedra al ocupante sionista, se armó de valor para encarar una propuesta humanista insólita para los halcones de Washington y Tel Aviv.

La última batalla de Said está por librarse. Contra el terrorismo, las apetencias imperiales, el racismo y la hegemonía unipolar nos es útil su pensamiento. ■

http://www.lajiribilla.cu/2003/n125_09/125_27.html

el **viejito** que apaga la lámpara

Rogelio Riverón
Cuba

Cuando reparé en el *spot* que para invitar a este homenaje divulgó la televisión con la imagen de Antón Arrufat leyendo el poema «Llega el momento», de su libro *El viejo carpintero* (1998), recordé otro poema, este de Goethe, que conocí por una versión rusa. Eran ocho versos, sin título, que invitaban a un viajero a detenerse y descansar, puesto que se hacía de noche. La traducción de Mijail Lermontov me autorizó entonces a una breve melancolía, a imaginar que el poema encerraba además un llamado a ver; a ver lo que mellan la prisa y la costumbre y nos olvidamos de mirar.

La coincidencia que, alevosamente, establecí entre Arrufat y Goethe, tiene que ver con la idea que me he fabricado del estilo de Antón: suntuoso, fatal, de una nobleza que tiene que cumplirse y se cumple contra los riesgos de la paciencia, tal vez de la voluptuosidad. Hace más de un año, en una breve reseña de la primera edición de *La noche del aguafiestas* anoté mi admiración ante el empeño de pintar la conversación —el rito de la oralidad— con las armas de lo escrito. A partir de esa idea toda la novela me parecía literalmente subversiva: pensé en una novela a contracorriente. «Orales eran su vida y su obra, y la lengua su instrumento más perfeccionado», afirma el narrador en relación con el Aguafiestas para reiterar su clave. «Para poder entenderse mediante la gastada lengua humana, había que hacer algunas concesiones», añade algo más adelante, acercándose a la sentencia en que Horacio se lamenta de que la belleza de las palabras no sea eterna.

La propensión a lo efímero de cada momento del habla, el sobrecogimiento, a veces religioso a veces festivo, que causa en los personajes de este libro la certeza de que asisten a un hecho al mismo tiempo en presente y en pasado; la manera en que se acercan, dándose a intervalos, confluyendo según una trabajosa escala de intensidades, les otorga una nobleza que se complementa narratológicamente con una voz dada a escurrirse por los puntos de vista con un nerviosismo premeditado, que funde el diálogo y el monólogo, el lenguaje directo y el helicoidal, para moldear un texto de un trasfondo agónico. La agonía —ceremoniosa, como parece ser el estilo de Antón Arrufat, si atendemos, no solo al léxico, sino también a sus asuntos— es un signo freático de toda la novela, de casi cada una de sus escenas.

Pero concluir que este libro es apenas un homenaje a la conversación me parece a estas alturas algo esquemático, primordial. Será un homenaje a la conversación, pero lo será, en todo caso, previamente, como resumen simbólico, enunciativo. Por otro lado —creo— erigir una catedral al saber hablado es poner a todo el mundo a fingir, aunque en ese fingimiento nos va la relación con *La noche del aguafiestas*, un libro que transcurre en una cadencia

de vaivén, como esas puertas de cocina que, al ser atizadas por el paso de alguien, avientan sobre la cara, a intervalos decrecientes, el mágico olor de los condimentos.

Toda conversación es, lo intuimos, un acto disparejo. Salvo quizás en aquel entrañable pasaje de san Agustín en que, una vez frente a su madre, ni ella ni el santo tuvieron necesidad de una palabra para alcanzar la armonía, siempre hay uno que sojuzga más entre los conversadores de un momento, alguien que se roba la atención y disfruta más al habla que a la escucha. Es su personalidad la que lo corona entre todos, y entonces la energía que une a los conversadores, el *entre* que evoca Arrufat tiene un polo más fuerte, delicadamente avasallador. Es el Poeta, el Centro, el *Master* —a veces también el *Magister*. Eso es el Aguafiestas, (y no solo cuando conversa), y de las variaciones de su sino depende el ánimo de sus amigos, quienes se empeñan en actuar casi siempre como deudores de su estado superior.

Si de reverencias hablamos, lo primero que veo en esta novela, lo primero que vean quizás mis prejuicios, es un guiño a José Lezama Lima, a nuestro inalcanzable Lezama, y por más de un motivo. Antón insiste —¿es él o son sus personajes, de quienes, con excepción de Filonús, rehúsa contaminarse?— en el misterio de la relectura, y las escenas por venir corroboran que se trata de releer no solo libros, sino vidas, conceptos, versiones de ciertos errores que dimos en evocar con definitiva melancolía, destinos extrañamente soldados entre sí. Este libro, en el que cuatro amigos, tres hombres y una mujer que apenas tenía en la primera edición el derecho a los primeros planos, se van por la noche habanera a confiarse sus historias, sus deseos y sus mentiras, parece pensado desde la teatralidad. En tal sentido se trata de una novela teatral, de la noche y del gesto, en la que cada esquina, cada aposento parecen dispuestos de antemano, como si alguien se preocupara por no dejarnos ingresar a ellos mientras no estén debidamente decorados. Su eje es el Aguafiestas, Aristarco Valdés, quien ha prometido a sus contertulios todo el amparo que emana de su palabrería. «Siempre que piensen en mí, apareceré», les asegura, ya que los sabe adictos a su verbo y en muchos sentidos a

Es tan hermosa la conversación adulterada en lo escrito, es tal el fingimiento del narrador que en *La noche del aguafiestas* salta para enseguida agazaparse y luego irrumpir y volver a quedar emboscado, que uno bien puede permanecer en sus despliegues de florecida geometría. Quien tenga ojos para leerla de una forma, así lo hará; igual quien los tenga para leerla de la otra.

su cuerpo. Es un fantasma carnal, que viene y desaparece sin que lo conmuevan demasiado las tristezas de los otros, a quienes supera en vivir y en filosofar. Sabe que el Dios que se manifiesta es el Dios que se expresa, según la ilustre ecuación cabalística, y es por lo menos un arcángel nocturno. Si la noche —la noche profunda, entendida como viaje incógnito, como madre del día, que es macho, y no como su verdugo— ha tenido alguna relación con el hombre que prefiere soñarse demiurgo, y, más oscuramente, con el hombre sin credenciales que esboza mal sus aspiraciones, este libro es a la vez un poema al pobre creador y al individuo de un día tras otro que no cree en el tiempo hasta que este lo amenaza. Quizás uno y otro hombre nunca hayan dejado de ser el mismo.

Algo se ha dicho sobre el carácter etéreo del Aguafiestas, de Aristarco Valdés. Ese no estar más que cuando se le antoja, su pertenencia a ningún lugar y solo en broma a algún tiempo, ese no dejarse atrapar ni por la amistad, lo vuelven por ratos una especie de infundio, de invención necesaria para los otros, quienes según las vibraciones de esta novela, lo han trazado como un acto de reflujo, de reacción a sus carencias. Particularmente no presté demasiada atención a ese detalle hasta

un momento del libro en que el Aguafiestas, menos excéntrico que de habitual, se queda solo consigo mismo (después lo hará otras veces, pero es la escena a que me referiré la que acaba por hacer de su presencia algo trágico, si se me permite la grandilocuencia). Están los cuatro en la Plaza de Armas, en La Habana, pero Aristarco Valdés, después de un gesto de infantil soberbia, se aparta y, recostado a un árbol cuyo nombre no recuerda, se permite escucharse a sí mismo, como diría Harold Bloom de los personajes de Shakespeare, y como nos pide Antón Arrufat en «Llega el momento», poema que ya mencioné y que concluye así:

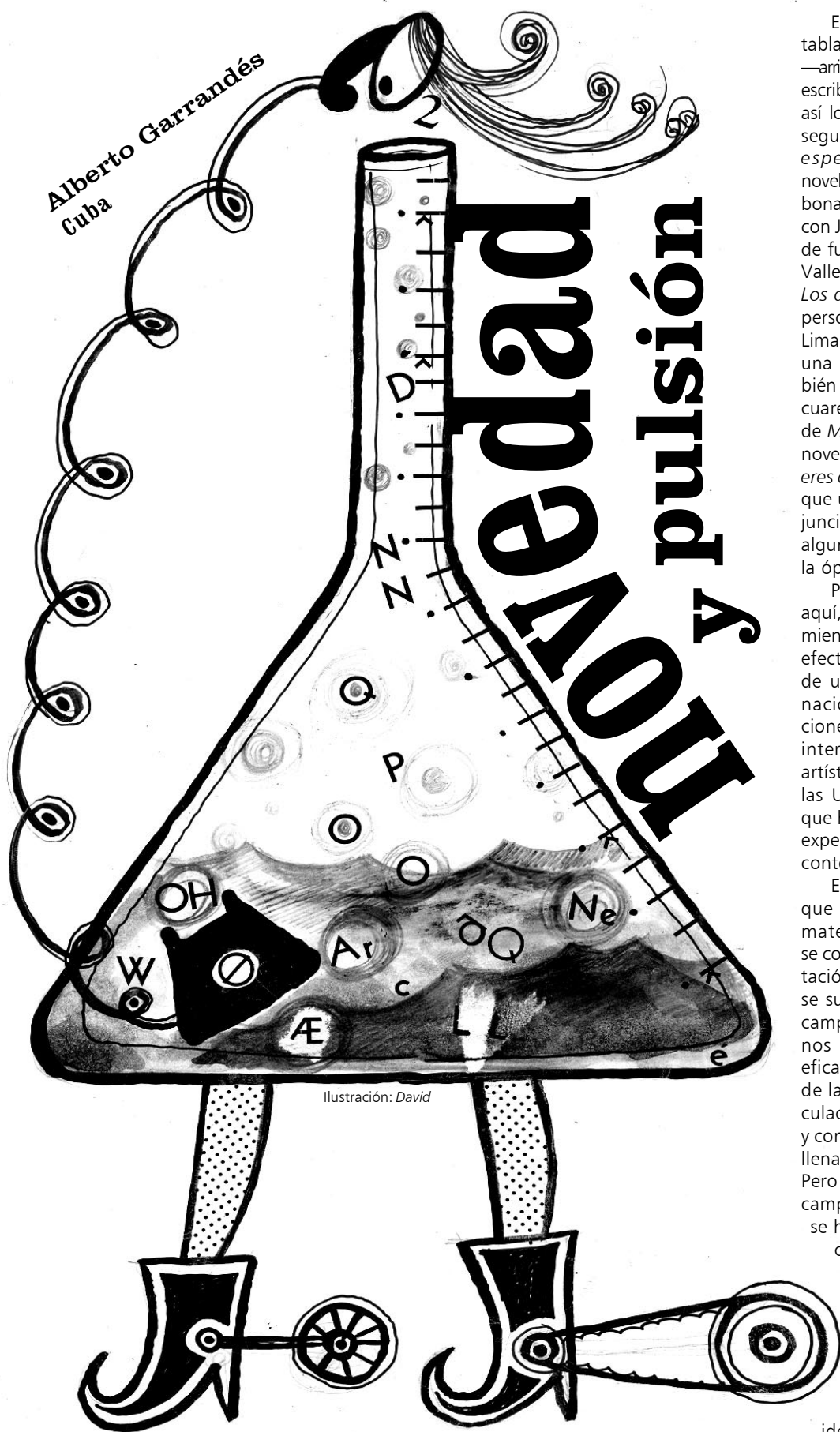
«Recuéstate suavemente, suavemente y ponte al fin a escuchar».

Ensimismado, posando para los ojos propios, es decir, escuchándose, el Aguafiestas adquiere una corporeidad, una concreción a partir de la cual la novela penetra en un ámbito más complejo, y nos dolerá creer que Aristarco Valdés alcanzará a ser apenas un invento. Él,

que se hace en y para la palabra, calla con el fin de entender; es como si recordara que la palabra, a veces también y por paradoja, nos empuja a un no comprender; tiende a malograr nuestras originalidades puesto que, a fin de cuentas, hablar es repetirse a uno mismo y a los otros. En ese entramado de sueño y verosimilitud que es también una novela, no resulta imposible que, después de escucharse, el Aguafiestas escape incluso de la ilusión de sus amigos y, jugándoles una pequeña traición, se convierta en un intermediario entre ellos y el narrador; entre ellos y nosotros. La conversación, que comenzó siendo gozosa, llena de gestos y alardes, se vuelve triste, subyugada por angustias, mordazmente solemne. Los personajes, página a página se aproximan a una muerte cósmica, aunque no los amenace más que la conciencia del tiempo. Tengo la impresión de que Antón necesitó ser precisamente mordaz para no tomarles demasiada lástima a sus personajes, y pensarlo me agrada como lector. En su recurrencia a los objetos, una recurrencia que parece heredada de su libro *De las pequeñas cosas*, lo veo introducir como un morbo, un morbo ilustrado que vuelve a las sillas, los retratos, las arcas, los espejos y los monumentos iconos de peligro o de locura.

La potestad que se otorga a los objetos en *La noche del aguafiestas* sobrepasa lo ilustrativo y nos hace entrever un temor oblicuo, de una lógica áspera y molesta con toda intención. Los objetos y el paso fugaz por la novela de ciertos seres arquetípicos —como humo de hombres que fueron, como silbidos de un fantasma gótico— hacen más compleja esa ecuación de la vida efímera —y perdón por la redundancia— en que se convierte el libro de Arrufat. Porque, ¿vamos a pensar que la conversación en su novela es únicamente la fiesta del buen encadenamiento de fábulas y cultura, el ensalmo primigenio de la recitación poética? Yo, subyugado también por la ilusión metafísica de que una novela crea significados, inclinado todavía a cierta sensata tristeza, he leído en ella dos o tres advertencias relacionadas con la idea de nuestras vidas puestas al viento. O con la inevitable tendencia a entregarse a la noche, como quiere hacer Aristarco Valdés en su misterioso experimento, privado nuevamente por la soledad de su condición volátil. Por suerte, he pensado en otros momentos, es tan hermosa la conversación adulterada en lo escrito, es tal el fingimiento del narrador que en *La noche del aguafiestas* salta para enseguida agazaparse y luego irrumpir y volver a quedar emboscado, que uno bien puede permanecer en sus despliegues de florecida geometría. Quien tenga ojos para leerla de una forma, así lo hará; igual quien los tenga para leerla de la otra. ■

http://www.lajiribilla.cu /2003/n124_09/124_15.html



Dimitri Ivánovich Mendeléiev, el célebre científico ruso, intentó clasificar los elementos según sus propiedades químicas. En 1869 publicó la primera versión de la tabla periódica, y en 1871 una segunda versión corregida en la que dejaba escandalosos espacios en blanco para elementos todavía desconocidos.

La tensión entre lo que se espera y lo inesperado se convierte hoy, respecto de las escrituras literarias, en un neblinoso horizonte hacia donde va la mirada crítica, solazándose con alguna dosis de pudor y en medio de un gozo que tiene orígenes ciertos. La narrativa cubana de nuestros días ha preparado el terreno para que esa mirada, al detenerse aquí, allá y acullá —transida también de una curiosidad en ocasiones temerosa—, ejercite la presunción como terapéutica heterodoxa que, sin embargo, moviliza mecanismos creativos tendientes a la convocatoria y levantamiento de los textos presumidos, presumibles, imaginables.

El espacio cultural cubano de hoy se encuentra acibillado por numerosas estimulaciones (de toda índole) que

hacen de él una materia suspensiva, anómala, cuajada de irresoluciones y de artefactos inexorables, o que lo parecen. A la construcción lingüística de la insularidad (porque en última instancia se trata de las palabras) se añade una deconstrucción que amplía el espacio de lo cubano, por ejemplo, y que equivale, en cierto sentido, a una desublimación. El asunto de la identidad como territorio narrativo, o como lenguaje de una multitud de relatos conectados, continúa siendo hoy un sistema sostenido en el emplazamiento y la diferenciación, dos gestos que se realizan frente al estilo cosmopolita de los mercados y frente al estereotipo que esos mercados fabrican cuando piensan en los relatos cubanos insulares. Pero en dicho sistema intervienen fuerzas centrífugas que subrayan la enajenación de algunas peripecias centrales —enmarcadas en una dimensión sociopolítica utilitaria— respecto de las vigas maestras de ese constructo identitario, renovado una y otra vez de acuerdo con necesidades sociopolíticas que, según la perentoriedad de los hechos —guerras, discursos, notas verbales, acuerdos—, poseen un carácter mediato o inmediato.

En la intervención a que he sometido la tabla periódica de Mendeléiev es posible consignar —arriesguémonos— lo que suponemos está por escribirse, o lo que debería de escribirse, no así lo que vendrá a punto fijo. Vendrán con seguridad, pongamos por caso, *Fumando espero*, una tormentosa e hiperbólica novela de Jorge Ángel Pérez sobre la estancia bonaerense de un Virgilio Piñera que dialoga con Josephine Baker sobre las manos y el arte de fumar; además, un texto erótico de Amir Valle (premio La Llama Doble 2003) titulado *Los desnudos de Dios*, donde se reúnen tres personalidades tan fuertes como José Lezama Lima, Anaís Nin y Julio Cortázar alrededor de una búsqueda literaria y detectivesca. También se podrá contar con otra lectura, casi cuarenta años después de su primera edición, de *Memorias del subdesarrollo*, la persistente noveleta de Edmundo Desnoes, y con *Llena eres de gracia*, novela de Rogelio Riverón en la que un lector avisado podría adivinar la conjunción de una dosis de ironía sentimental y algunas porciones de desacato social desde la óptica de la autoformación del sujeto.

Pero no son esos libros los que interesan aquí, sino esas escrituras incoativas, de nacimiento indefinido, que se presuponen como efectos de un presente literario específico, de un grupo de tradiciones y tipologías nacionales, de un repertorio de provocaciones pertenecientes al orbe del vínculo intergenérico (entre los grandes sistemas artísticos), de una revisitación a la Casa de las Utopías, o de ciertos descentramientos que hacen del relato un vehículo para graficar experiencias radicales del individuo en el contexto redefinidor de la urbe.

El deber ser de los relatos presumibles a que hago alusión, o sus condiciones de materialidad en el horizonte de la escritura, se constituye en un tópico activo de la meditación literaria cuando el proyecto creador se sumerge (o parece que se sumerge) y el campo cultural se potencia en un grado que nos devuelve al dinamismo explosivo y la eficacia coyuntural del lenguaje. El campo de la cultura modifica los procesos de articulación, los transforma en algo más tupido y compacto, y el proyecto creador empieza a llenarse de incitaciones o des-incitaciones. Pero también ha sucedido que de pronto el campo cultural se destupe, pierda densidad, se hace demasiado inteligible, y los proyectos creadores quedan como sueltos, desarraigados.

Me refiero a una congruencia dualista del Bourdieu de los años sesenta, una relación osmótica en una paridad que todavía merece algún crédito, pero que, en rigor, periodiza la destrucción de su paradigma renegociándolo constantemente: la identidad cultural (en tanto elaboración y modelación política) contra las apropiaciones multiculturales, una red de transferencias (o transacciones) que determinados sujetos crean para sí. La atomización de la identidad cultural como premisa de la fuerte puesta en escena de esas apropiaciones.

Las tipologías identitarias nacionales, más o menos apegadas a la tradición del experimento que auspiciaron la modernidad y sus vanguardismos históricos, resuenan en la materia novelesca y condicionan la aparición de textos seriales que tienen fundamentos prestigiosos, de relativa autoridad, en libros dados a conocer en Cuba sobre todo a partir de los años cuarenta. Dichas tipologías se debaten hoy entre la exigencia mercantil, que pide tácitamente una mixtura modélica equis, y la opción narrativa que se autorregula fuera del mercado y dentro del escrutinio de las realidades y micro-realidades de la Cuba de hoy mismo. El pronóstico mendeleieviano cuenta aquí, creo, con una textualización barroca o filobarroca en condiciones de un realismo factográfico. Pero en su momento va a aparecer una textualización que se desligará de las dia-

cronías lógicas del suceso narrativo; una textualización que, sin renunciar al proceso de la diégesis (las circunstancias que favorecen la narratividad), se acogerá más a la sincronía del pensamiento, a la actividad interior del sujeto.

El vínculo intergenérico podría concretarse en escrituras muy esporádicas que en principio se adentrarían en el espacio vital, doméstico, de sujetos productores de cultura y desde territorios fictivos que acaso vendrán a constituirse en analogías posibles de esa producción. Me refiero a algo bastante convencional; en definitiva, al tomar nosotros en cuenta el hecho de que al final todo converge en el relato, no es posible esgrimirlo y decir, cuando contemplamos, por ejemplo, las peripecias de un pintor-personaje: «he aquí una muestra de que la literatura se relaciona con la pintura», o «esta novela se articula con la música porque su protagonista es un músico». Son afirmaciones tontas, que no resuelven ningún problema. Sin embargo, si el dilema estético del relato (dilema de naturaleza estilística y compositiva) tuviera que resolverse por medio de la ficcionalización de la energía creativa de un personaje similar, y por medio de la narrativización (con su lógica de acciones y todo lo demás) de los lenguajes que explican un mundo como el de la música o la pintura en un relato de formas razonablemente convencionales, entonces sí estaremos en presencia de una articulación intergenérica que, por cierto, no tendría que renunciar a entenderse con los modelos barroquizantes de las tramas urbanas, sino más bien aprender a incorporarlos, desde lo ilusorio, en una totalidad que agrega realidad a lo real.

En algún momento de los procesos que se visibilizan por medio de relatos, la escasa prosa conceptista, por así llamarle, alcanzará a tener un remanso organizativo en obras que establezcan la vindicación de lo utópico como gran tema del lenguaje modelador del presente o el porvenir. El utopismo en tanto logos extremable, en tanto dibujo de algo que es representación de una representación, tuvo tres formas importantes y complementarias en tres novelas de los años noventa: *La estrella bocarrriba*, de Raúl Aguiar; *Naturaleza muerta con abejas*, de Atilio Caballero, y *El caballero ilustrado*, de Raúl Antonio Capote. Tres novelas aquietadas por el silencio de la crítica. La verdad artística de la utopía como elaboración preceptiva de la razón o la sinrazón descansa en el hecho de que ella, la utopía, se encuentra siempre en un punto de equilibrio instantáneo, y que por ser instantáneo es precario. Esas novelas nos dicen que lo extraordinario de la utopía es la fascinación que produce desde su fragilidad. Y en la tabla periódica caben textos sobre lo utópico, pero su escritura no abrazará lo modélico total (no serán textos asistidos por el pensamiento alegorizante), sino que pondrán el modelo dentro del sujeto agredido por la insatisfacción del lenguaje, la panestetización de la vida y la neurosis global.

Los descentramientos traen recentramientos; el efecto es parecido a lo que veríamos si examináramos la obra de Rembrandt en un rápido slide show: focalizaciones en serie, lo mismo de un yelmo dorado, que de rostros emergiendo en la penumbra de sus retratos corporativos. Una constante movilización de las jerarquías y los énfasis. Y el hallazgo de resortes de creación que darían lugar, así, a textos alejados de varios paradigmas tributarios del concepto de literatura nacional, excepto aquellos en los cuales el emplazamiento sería, consciente o inconscientemente, un corolario de la densidad de sentidos presente en el mundo inmediato de la isla. ■



Una tarde de 1997 conocí a Ibrahim Ferrer, que todavía vivía en su humildísima casa de la calle Indio número 12. Hacía muy poco, por un golpe inesperado de la suerte y la iniciativa de Juan de Marcos González, había sido llevado ante Ry Cooder, que se disponía a grabar un disco en los históricos estudios de la habanera calle San Miguel, sin todavía el propio guitarrista americano saber que lo llamaría *Buena Vista Social Club*.

Lo cierto es que Ibrahim participó en la mayoría de los temas de ese álbum que toma su título de un danzón de Orestes López. En ese trabajo fue varias veces voz solista, participó en los coros y hasta en la percusión menor. Y no solo cantó sones y guarachas, sino que realizó su sueño de grabar un bolero. Nada menos que «Dos Gardenias» de Isolina Carrillo.

A pesar de que en *Buena Vista Social Club* participan otras importantes figuras de la música cubana, que ya por aquellos días disfrutaban de proyección internacional, como Compay Segundo, Omara Portuondo y Eliades Ochoa; sin dudas, Ibrahim se convirtió en una de las mayores atracciones del álbum, lo cual se reforzó cuando comenzaron las giras internacionales de los protagonistas de este proyecto.

Como consecuencia de este éxito del músico nacido en el poblado santiaguero de San Luis allá por 1927, el sello discográfico *World Circuit* decide que Ry Cooder le produzca a Ibrahim un disco en solitario, el cual apareció en 1999 bajo el título de *Buena Vista Social Club presenta a Ibrahim Ferrer*, que poco después obtendría un premio Grammy. En ese disco el cantante continúa demostrando que puede acometer con eficacia los más importantes ritmos de la música cubana. Y sobre todo que es capaz de versionar con acento muy personal grandes piezas del ayer, que habían sido popularizadas por nombres de la música nuestra verdaderamente legendarios, piénsese tan solo en una «Bruca Manigua» tan cercana a Miguelito Valdés, o en «Mami me gustó» del mejor ejercicio de Arsenio Rodríguez, o en «Cómo fue», un bolero que hasta entonces nos había parecido hecho solo para Benny Moré.

En el tiempo transcurrido desde el lanzamiento multinacional de *Buena Vista Social Club* hasta los días que corren, Ibrahim se ha convertido en un personaje aclamado en los más importantes escenarios del orbe, y no por ello ha dejado de ser el hombre de carácter humilde, respetuoso y con enorme senti-

Lo penoso es que los organizadores del Grammy no pudieran más que la ultraderecha de Miami, a quien molestaba de manera particular que los artistas cubanos residentes en la Isla fueran a esa ciudad a recoger los premios.

do de agradecimiento que yo conocí en la calle Indio. De regreso a su tierra y a su casa, nunca los nuevos compromisos que le impone la fama le han impedido ser el padre, el esposo o el abuelo de naturaleza queredora. Ni ha dejado de tener el tiempo oportuno para los amigos que le acompañaron en tiempos de menor ventura artística. Con cada nuevo éxito, contrario a olvidar sus andares anteriores, se afianza más en sus recuerdos. Su comienzo en agrupaciones santiagueras que nunca llegaron a grabar y que ahora difícilmente nadie tenga en mente; su tiempo con Chepín; el largo encuentro con Pacho Alonso, con quien llegó a La Habana como integrante de *Los Bocucos*; su permanencia en esa orquesta a partir de 1967, cuando ya no era dirigida por Pacho y el día en que buscando voces «más actuales», el Director le dio a entender que ya su presencia no funcionaba allí; nada olvida Ibrahim y a todo le saca provecho, con su sabia sencillez, para andar regando lo mejor de su música por el mundo.

Este año ha salido el segundo álbum que el sello británico *World Circuit* le ha propiciado a Ibrahim, también con producción de Ry Cooder y la dirección musical de Demetrio Muñiz: *Ibrahim Ferrer. Buenos hermanos*. Este disco prueba que no siempre la frase, «más de lo mismo» tiene que entenderse con una connotación negativa. Lo digo porque con el apoyo de la dirección artística, el cantante perfila cada vez más su capacidad de recorrer cualquier perfil de la música cubana y de dar lustre de recién aparecidas, a piezas que hace mucho tiempo son parte de nuestro mejor acervo. El son «Buenos hermanos» de Miguel Matamoros, el «Guaguancó callejero» de Ignacio Piñero, el bolero «Mil congostas» de Juan Pablo Miranda...

Otro elemento que distingue este álbum es la inclusión de muy sabrosas piezas de la autoría del propio cantante, como «Boquiñeñe» y «Hay que entrarle a palos a ese». La banda que secunda a Ferrer en estas grabaciones es esencialmente la misma que en otras oportunidades. Con instrumentistas como el mismo Cooder, Orlando «Cachaíto» López, El Guajiro Mirabal, Amadito Valdés, Manuel Galbán; y además entran a poner más sazón al plato importantes figuras como Chucho Valdés y el Flaco Jiménez.

Ibrahim Ferrer. Buenos hermanos, como las anteriores producciones musicales de *World Circuit* en las que ha participado el sonero de San Luis, ha sido distinguido por los Grammy. Esta vez en su versión latina, al concederle el Premio como Mejor Álbum Tradicional Caribeño. Lo penoso es que los organizadores del certamen no pudieran más que la ultraderecha de Miami, a quien molestaba de manera particular que los artistas cubanos residentes en la Isla fueran a esa ciudad a recoger los premios, y presionaran a las autoridades para que les negaran las visas. Es una pena para la dignidad del ser humano y para los cubanos todos, vivan donde vivan y piensen como piensen. ¡hay un terreno donde todos los cubanos podemos tener un sentimiento común, es alrededor de nuestra cultura, en particular la de más arraigo popular y muy especialmente en torno a esas músicas, que hace tanto tiempo andan en los vientos de Cuba como un regalo para todos. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n126_10/aprende.html



Bladimir Zamora Céspedes
Cuba

el
universal

Solo
Siempre

de **San Luis**

Concurso Internacional de Ensayo

Pensar a Contracorriente

Bases

Con el objetivo de reconocer y difundir el pensamiento crítico sobre los problemas y desafíos del mundo contemporáneo, desde una amplia perspectiva antimperialista y solidaria, el Instituto Cubano del Libro convoca al Concurso de Ensayo:

«Pensar a Contracorriente».

Este premio, al estimular la circulación del pensamiento hoy disperso, silenciado y marginado por los grandes circuitos de dominación, aspira a contribuir a la estructuración de un activo sistema de ideas en el campo de las ciencias sociales y de la cultura, que promueva el cambio y la resistencia al poder hegemónico.

1.- Podrán participar autores de cualquier país con un ensayo inédito, escrito en español, portugués, inglés o francés (o traducido a alguna de estas lenguas), que no debe estar comprometido para su publicación, ni haber obtenido premios en otros concursos.

2.- La extensión del ensayo no debe ser menor de 20 páginas, de 30 líneas a dos espacios, ni mayor de 40.

3.- No se aceptará más de un ensayo por autor.

4.- El ensayo deberá enviarse antes del 1ro de marzo de 2004 en archivo adjunto de Word, en una sola copia y en un solo mensaje debidamente identificado con el nombre y la dirección del autor, así como una breve ficha biobibliográfica, a esta dirección electrónica: contracorriente@cubaliteraria.com

5.- Un jurado internacional, presidido por Emir Sader (Brasil), e integrado por Elmar Altvater (Alemania), Samir Amin (Egipto), Fredric Jameson (EE.UU.), Fernando Martínez Heredia (Cuba), Ana Esther Ceceña (México) e Immanuel Wallerstein (EE. UU.), otorgará tres premios, consistentes en 1 500, 1 000 y 500 euros para el primer, segundo y tercer lugares, respectivamente. Se otorgarán las menciones que el jurado estime pertinentes, sin que ello implique retribución monetaria.

6.- Se publicará un libro con una selección de los ensayos enviados. El Instituto Cubano del Libro se reserva el derecho a la primera edición de los textos participantes, reserva válida durante un año a contar desde el cierre de la Convocatoria.

7.- El fallo del jurado será inapelable y se dará a conocer en La Habana en mayo de 2004.

8.- La participación en el concurso implica la aceptación de estas bases.

9.- Para cualquier información, consultar el portal <http://www.cubaliteraria.com/premio/contracorriente/index.htm>, o dirigirse a: contracorriente@cubaliteraria.com

http://www.lajiribilla.cu/2003/n125_09/125_16.html

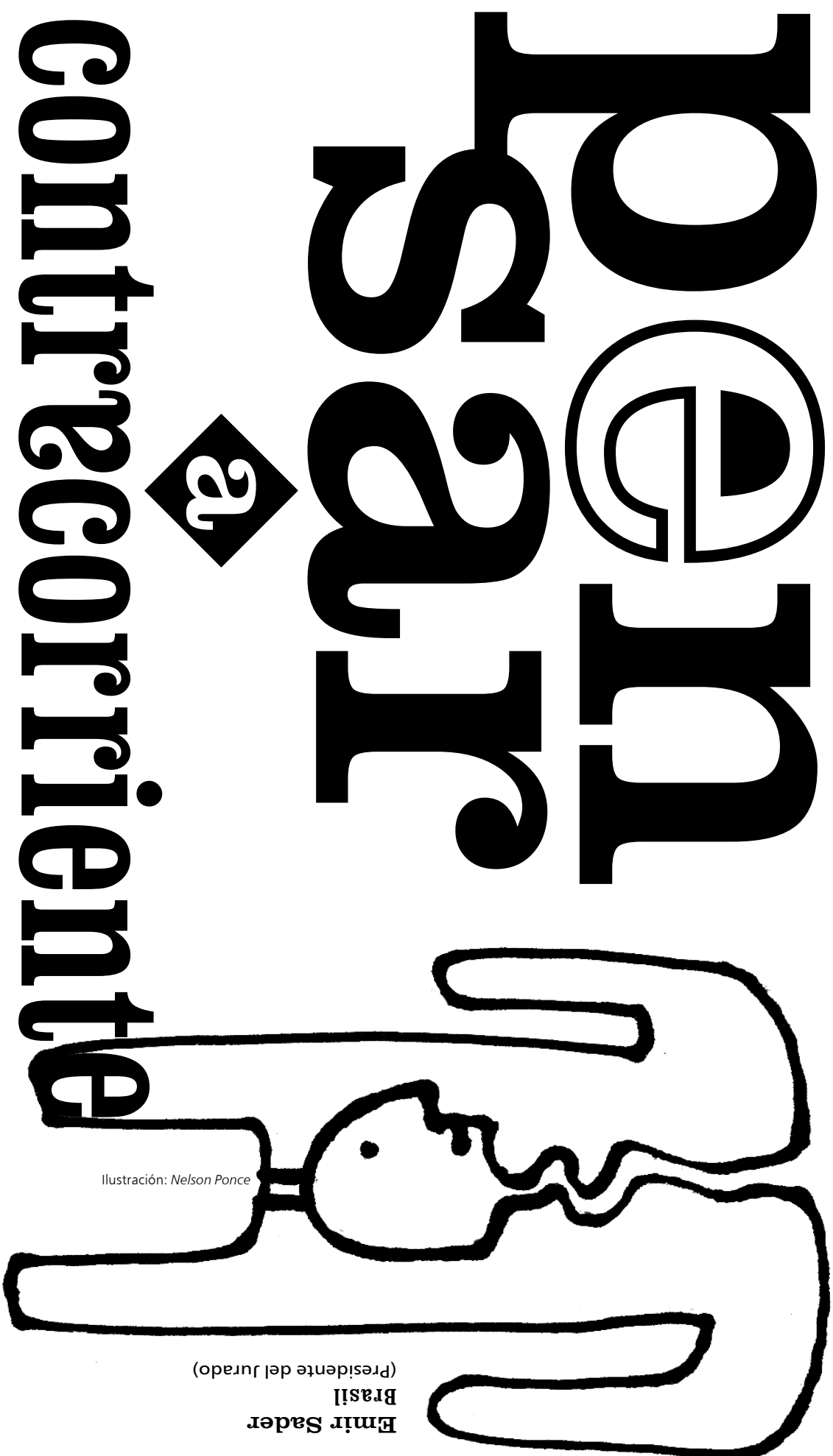


Ilustración: Nelson Ponce

Emir Sader
Brasil
(Presidente del Jurado)

Comprender el mundo hoy, más que nunca, captar sus contradicciones, que son el motor de su desarrollo. Comprender el mundo en el siglo XXI es comprender las profundas transformaciones de las últimas décadas, en todas sus dimensiones, en la perspectiva de su transformación radical. Comprender el mundo hoy, más que nunca, es por lo tanto, analizarlo a contracorriente. A contracorriente del «pensamiento único», a contracorriente del «consenso de Washington», esto es, en la contracorriente, como todo pensamiento que no pretende solo ser una nueva interpretación del mundo de otra forma, sino un proyecto de transformación de ese mundo, en la perspectiva del «otro mundo posible». Este concurso pretende ser una piedra más en ese camino, en el camino de la construcción de «un mundo donde quepan todos los mundos».

los intelectuales y el teatro de hoy

En cuanto a mí, que no soy maestro de nada, ni de las letras, pero sí un aprendiz del teatro con ideas muy estrictas sobre sus corruptelas y vacuidades, al menos en España, puedo aportar —creo— nociones como esta que he dicho de «parlatura»; noción que expresa nuestra forma —la de los escritores— de estar en el teatro como algo más (mucho más) que unos huéspedes más o menos bienvenidos o indeseados, y a los que se les escucha pero no se les hace mucho caso por parte de los «teatros». No, no, nosotros, escritores no practicantes de los oficios y de las artes del escenario, hemos estado siempre en la genealogía del teatro, y desde nuestros gabinetes de trabajo —lejos de aquellos lugares en los que el teatro se hace, se fabrica y se manifiesta ante sus públicos—, hemos contribuido a que el drama haya ido a algunas partes, a que se haya renovado y haya seguido unos u otros rumbos; y, en fin, a que «haya tenido historia» y no se haya limitado a ser un fenómeno social recurrente con la única y reducida misión de que unas gentes, los actores, hayan dado expresión a su narcisismo personal, y otras, el público, a divertirse de las realidades de la vida «pasando un buen rato», inmediatamente olvidable. Pero también, escribiendo sus dramas, estos autores han contribuido a la historia de la literatura, de manera que *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega, no se limitó a ser un buen guión para hacer un espectáculo, sino que es, además, un texto literario que convive en la historia de la literatura con los sonetos de Garcilaso de la Vega, la lírica celeste de San Juan de la Cruz o las aventuras de Don Quijote de la Mancha. (Lo que no se puede decir ni siquiera de los mejores guiones de las mejores películas de la historia del cine).

De manera que yo puedo pensar con muy buenas razones que los escritores dramáticos que todavía estamos en la vida y no aún en el olvido, en el que desaparecen los mediocres o en el limbo de los clásicos, que los escritores de hoy, digo, tendríamos que entendernos más y mejor con los teatreros o teatristas. Pues nuestras escrituras, cuando acertamos a ello, son capaces de «prefigurar» mucho de lo que luego ha de suceder en los escenarios, lo que no quiere decir que no salgan productos dramáticamente excelentes siguiendo otros procedimientos, a partir de ocurrencias en el seno de los grupos y/o de improvisaciones corporales de los actores y reflexiones ocasionales. Eso solo quiere decir que en tales casos «los Autores son ellos». Pero también es así: que la escritura dramática profesionalizada es capaz de movilizar la energía creadora (el potencial) de los grupos y de las compañías, y que el escritor, que no es otra cosa, puede ser también una pieza clave en estos procesos y no un mero proveedor de pretextos para hacer cualquier cosa con ellos; empezando por destruirlos encarnizadamente en aras de un teatro entendido como enemigo de la literatura o, por lo menos, ajeno a ella. Recuérdese cuántas veces la renovación de la escena se ha hecho bajo los auspicios y el nombre de «teatro literario» para oponerle al «teatro mercantil». ¡Viva, pues, la literatura también en el teatro!

Ahora por fin estamos llegando a un punto al que yo quería llegar: el de proponerles que las gentes del teatro y los escritores que no somos gentes del teatro hagamos un pacto a favor de lo que yo estoy llamando en España «un teatro vertebral», y es una propuesta que no se puede trasladar mecánicamente al teatro cubano o a otros, pero sí puede tener algún interés para ustedes saber qué propuestas surgen, en el día de hoy, y ante los desafíos de hoy, en otras áreas culturales y políticas. ¿Y qué sería eso de «un teatro vertebral» entendido como una propuesta para el País Vasco o para España, o acaso para los países europeos regidos por sistemas capitalistas —todos— en la era de Bush? Yo he tratado de definirlo en una especie de manifiesto dialogado en el que imagino que un director me hace una visita, y me pide un consejo o quizás un drama que pudiera serle útil para salir de la programación errática que él piensa que su grupo ha realizado hasta hoy, pues ha llegado a aceptar que es cierto lo que este autor ha dicho de que «programa» lo que ha de hacerse en un teatro es, además de crear un mundo de imágenes bellas y lúdicas, un modo de pensar en y sobre la realidad. Los grupos de teatro o tienen un pensamiento (colectivo, pero pensamiento, pues no puede ser una jaula de grillos) o su función será demasiado banal y

se consumirá en el mismo momento de producirse (teatro de consumo), dejando apenas en quienes lo ven una huella pequeña que enseguida se esfumará en las memorias de esos espectadores que asistieron, quizás buscando algo más, al espectáculo. Los grupos y las compañías —piensa este autor— deben ser sedes de una determinada filosofía propia y no meras veletas que se muevan obedeciendo a los vientos de la moda en cada momento. Los grupos y las compañías como tales, como colectivos, deben mantener sus propios «puntos de vista» sobre la realidad y las tareas que en cada momento la sociedad necesita, para impedir su degradación y quizás para ascender a más altos niveles materiales y espirituales, a sus ciudadanos en los campos de la estética, de la política y de la filosofía. El Berliner Ensemble de Bertolt Brecht en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial fue un modelo de este teatro vertebral al que yo me refiero.

En el Manifiesto-Diálogo «por un teatro vertebral» yo he propuesto concretamente, y aquí les hago partícipes de aquella propuesta, hacer hoy «un teatro contra el imperio», que habría de financiarse en nuestros países de sistema capitalista con el dinero de los bolsillos de nuestro potencial público, dada la sumisión del conjunto de nuestros gobernantes al liderazgo de Bush en el mundo. Los bolsillos de nuestro potencial público serían, pues, nuestra fuente de financiación en una dialéctica Público/Teatro que sería muy beneficiosa para este al quedar el Teatro como actividad social, liberado de la dependencia de las subvenciones que siempre comportan una forma más o menos larvada y no explícita de censura o, al menos, de control político de su actividad. Ese público sería la forma teatral que adquirirían las multitudes que han salido a las calles de todas las ciudades del mundo a manifestarse contra la agresión imperialista a Iraq en circunstancias todavía recientes, y que forman el grueso de los foros y manifestaciones contra la globalización neoliberal desde hace años, a partir de los hechos de Seattle y con bases como el Foro y las experiencias de Porto Alegre.



Ilustración: Sarmiento

Cooperativas de actores, directores y técnicos —de gran tradición en la historia del espectáculo: Artistas Asociados, «Compañías a partido», etcétera— serían las estructuras de base de estos proyectos koljosianos (digámoslo así) para que la actividad teatral eleve los objetivos de su práctica y trate de contribuir, por modestamente que sea, a la transformación del mundo. En la opinión del director de mi cuento y hablando de los bolsillos de la multitud, él dice que en ellos «hay poco dinero» —son los bolsillos de los pobres y de los marginados— y que el proyecto le parece «políticamente imposible». «Hagamos, pues, un teatro imposible», le dice el autor, y ello decide al director a despedirse, pensando en resolver sus propias contradicciones de un modo menos extremado. En fin, lo que yo propongo no es tan malamente utópico (sino buenamente utópico, en mi opinión), y es que las gentes del teatro, agrupadas, den un sentido trascendente a las labores de sus compañías, lo que sería algo así como una versión actual, social y política, colectiva, de lo que Stanislavski en su tiempo y limitando su noción a cada tarea concreta (a cada drama en ensayos) llamaba el «superobjetivo»; y Piscator en el suyo «un teatro político»; y Brecht en el suyo «un teatro ético y dialéctico»; y Grotowski en el suyo «un teatro pobre»; y Tadeusz Kantor en el suyo «un teatro de la muerte»; y nosotros, modestamente, en el nuestro y en nuestras circunstancias «un teatro realista o una tragedia completa». (Véase que proponemos la legitimidad de un teatro de las agonías humanas, y que de ningún modo nos hemos embarcado nunca en proyectos de hiperpolitización de la escena. Pero sí estamos por el drama como una exploración y una búsqueda de sentido incluso en el corazón del sinsentido de la realidad vivida en sus peores momentos, en la oscuridad y la desesperanza).

No olvidamos que el tema de esta comparecencia es la relación entre los intelectuales y el teatro de hoy, y en ello estamos aunque lo hayamos hecho a través de un pequeño caso, el mío, como escritor que soy, un poco filósofo y problemático artista. Ahora, pensando más generalmente, recordamos que entre los intelectuales

ha habido distantes y hasta extraños a este fenómeno público, asambleario, participativo, realmente democrático que debe ser el teatro; pero también los ha habido y los hay enamorados de los escenarios y de sus posibilidades poéticas, éticas y políticas. En este sentido, el teatro también ha sufrido del desplazamiento de tantos intelectuales y artistas al campo de la derecha y a la servidumbre más o menos declarada o vergonzante a los dictados del Imperio. La verdad es que hay que mirar al pasado para encontrar escritores de alguna talla que hayan aportado ideas capaces de movilizar la escena en el sentido del progreso, y no digamos de la revolución de las estructuras actualmente dominantes y armadas hasta los dientes. También es justo decir que estos mensajes han partido a veces de las mismas gentes del teatro. Tal es el caso de Piscator, el maestro alemán del teatro político, que era un actor y que desde su oficio descubrió las virtualidades, subversivas y transformadoras del orden social que el teatro ofrece. En España fue notable el caso del poeta Rafael Alberti que, durante nuestra Guerra Civil (1936-1939) creó, con María Teresa León, el Teatro de Guerrillas y el Teatro de Urgencia, e hizo que Madrid, cercado por los militares sublevados, respondiera al cerco además de con las armas de fuego con las armas de la cultura, elevando bajo las bombas el monumento a la resistencia popular que es *La Numancia* de Cervantes.

¿Pero qué hacer hoy? Todo lo que vengo diciendo es a favor de un teatro de ataque al imperio, pero también de un teatro autocrítico en relación con nuestras propias situaciones y respuestas. En situaciones como la de Cuba, se ha de postular asimismo la legitimidad de un teatro crítico de la propia situación, lo que no quiere decir, desleal. La deslealtad es otro mundo, y nosotros, creo yo, hemos de ser leales —críticos pero leales— a todas las tentativas que haya o que surjan para cambiar el mundo. ¡Ardua tarea en la que el teatro tendrá algo que hacer!

Erwin Piscator fue un actor que conquistó el orgullo de serlo, e interpeló a los actores para que a ellos no pudiera llegarles un

día en el que se les pudiera reprochar: «Mientras sucedía lo que estaba sucediendo, ¿usted dónde estaba? ¿Usted qué hacía? ¿Hacia dónde miraba? ¿No veía los humos negros de los hornos crematorios? ¿No se daba cuenta de cuántos niños morían todos los días en el mundo a causa de su malnutrición, de su hambre, de sus enfermedades curables? ¿Las comedias que interpretaba, de qué trataban? ¿Para qué las hacía? ¿Para que la gente se olvidara de lo que acontecía en el mundo? ¿Se lo pasaba muy bien haciéndolas? ¿Eran muy graciosas? ¿Nunca se plantearon que, como dijo aquel poeta, la poesía puede ser 'un arma cargada de futuro'?»

Así es que los actores del Teatro Piscator anduvieron siempre con la cabeza muy alta, y algunos de ellos pagaron cara su implicación en las luchas de su tiempo, igual que otros artistas e intelectuales. A cualquier interpelación posterior este tipo de actores ha podido responder sencilla y orgullosamente: «Yo, señores, hacía teatro, inada más y nada menos que teatro!» Entonces el teatro es una palabra grande y no un oficio ganapán. Está claro: el teatro que ellos hacían y algunos hacen hoy y algunos harán mañana, no era ni es ni será ese tipo de espectáculos que se desechan una vez usados y cuyo destino final es el cubo de la basura o, por lo menos, del olvido. Así, cuando yo ahora apuesto por «un teatro vertebral» hablo de un trabajo sobre los escenarios que sea, por lo menos, un eco de los dolores y las esperanzas del mundo; pero preferiblemente que suene como una voz fuerte y subversiva por la justicia y por la libertad, o sea, por la paz de y entre los pueblos. Eso es todo. Mil gracias por vuestra atención. ■

* Conferencia magistral de Alfonso Sastre que tuvo lugar durante el XI Festival Internacional de Teatro de La Habana. Sala Caturla, Teatro Amadeo Roldán. 19 de septiembre de 2003.

Los negocios de EL PAÍS

Rosa Miriam Elizalde
Cuba

Tiene una historia personal impredecible. Fue marino profesional de la Armada Española hasta el año 86. Se licenció en Ciencias Políticas en la Universidad de Madrid y, al abandonar su vida militar, se incorporó a la izquierda militante y al trabajo de solidaridad. Hoy es el Secretario General de la Asociación Pensamiento Libre, de Cádiz, y el editor de *Cádiz Rebelde*, sitio que lleva tres años en la red y gracias al cual conocimos en Cuba sus excelentes análisis sobre la censura y los «falsimedia», una categoría con la que designa a la prensa tradicional española, instrumento del pensamiento único que ha implantado el poder global y que hoy defienden por igual —¡quién lo diría!— el Partido Popular y el Partido Socialista Obrero Español.

Antonio Maira es un hombre reposado, padre de tres hijos y esposo de una puertorriqueña, «responsable —dice— de mi relación tan particular con Cuba y con América Latina». Ante nosotros se dibuja la tarde en la Bahía de Cádiz, tan parecida a la de La Habana con malecón y todo, y como testigos mudos de la conversación nos acompañan también algunos recortes de periódicos, entre ellos la página de la edición de *El País* de este jueves, en la que aparecen dos violentas notas contra Cuba y un ramalazo adicional, lo que corrobora que este es un tema que ha terminado por diluir las diferencias entre ese diario y las posiciones de la derecha fundamentalista española.

¿Cuándo se echó Antonio Maira a navegar con Cuba?

Desde que me tomé la política en serio, hace ya bastante tiempo. Tengo una larga relación con la Isla, he estudiado su historia, y ha sido ella mi centro de atención. Simpatizo enormemente con la Revolución cubana, que me parece un proceso ejemplar. Toda la izquierda que sigue siendo humanista y se proyecta en contra de la desigualdad y a favor de la dignidad, tiene en Cuba una parte de su discurso y una parte de su realidad: Cuba es esperanza y es puerto seguro.

Leímos un artículo suyo, «Cuba en *El País* de Falsimedia», donde analizaba cómo se ha orquestado toda la campaña que en los últimos tiempos se ha desatado, particularmente desde España, contra el proceso cubano. ¿Qué ha pasado con la prensa española, particularmente con ciertos espacios que encarnaron un pensamiento independiente, y que ahora mismo son expresión de todo lo contrario?

Aquí nos encontramos con un mundo de la información que está absolutamente monopolizado. La información que antes era un producto con muchas fuentes y con diversas expresiones, hoy está en muy pocas manos. En este país no hay pensamiento de izquierda sobre papel, ni en imágenes de televisión, ni en ondas de radio. La izquierda se enfrenta a la imposibilidad de comunicarse porque el acceso a los medios es muy caro, y los que no lo son tanto, la excluyen de forma total.

En nuestra revista denominamos Falsimedia a ese conjunto de medios de comunicación que tiene una unidad orgánica. Todos son parte de grandes empresas multimedias entrelazadas económicamente. También, manifiestan una unidad funcional: lo que es estratégico para el poder lo comparten absolutamente todos los medios de comunicación.

¿Y cómo se explica el viraje político que han tenido medios como *El País*, por ejemplo...?

El País es hoy el negocio de una gran empresa, de PRISA. Este diario es solo uno de los medios bajo su mando. Otros son el *Canal Plus*, entre otros en España. En América Latina, PRISA es dueño también de editoriales —de grandes editoriales— y de medios de comunicación en Venezuela, en Colombia y más recientemente, en México.

Antes *El País* era un periódico que representaba a la burguesía intelectual progresista y sectores del pensamiento liberal progresista, democrático. Participó de forma activa como instrumento de la transición política y ganó prestigio en ese proceso. En este país, en la etapa del franquismo, ese tipo de prensa era una necesidad social. Ese prestigio luego lo perdió, convirtiéndose en lo que es ahora: un gran medio de comunicación, cuya estrategia política está marcadamente dirigida por el imperio. Responde absolutamente al pensamiento único, al llamado consenso de Washington.

Entrevista con Antonio Maira, editor de *Cádiz Rebelde*

Llama la atención que muchos de los periodistas que encabezan ese pensamiento son los mismos que en otras épocas se desmarcaban de posiciones de derecha. Es el caso de Rosa Montero, una vaca sagrada que ha hecho ahora arremetidas furibundas contra la Isla que antes no se permitía... ¿Cómo fue que les lavaron el cerebro? ¿Qué ha pasado ahí?

Eso es coherente con la historia de España en estos años. *El País* ha estado vinculado también a uno de los dos sectores políticos que de alguna forma se reparten el gobierno del Estado español, el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y el Partido Popular (PP). *El País* representaba al PSOE, y por tanto todos los intelectuales históricamente vinculados a este partido, de alguna forma se han vinculado económica y profesionalmente a este diario. Rosa Montero es un ejemplo típico de lo que es una periodista absolutamente vendida a su medio, que es capaz de hacer una crítica feroz a Cuba, con un desconocimiento total —aparente al menos, por lo que dice— de lo que ocurre a la Isla. Y que hace también una crítica feroz a Venezuela, utilizando su cierto prestigio que le viene del final de los años 70.

En estos profesionales ha habido dos influencias: una, en *El País* como medio; y otra, en su sector político, que es el PSOE. No hay más que pensar en Felipe González y en lo que era su imagen a finales de los 70, y en el político que se convirtió después. Se está dando aquí un proceso similar al de Venezuela antes de la llegada de Chávez: un mundo institucional corrupto, que involucró a los medios de comunicación social, organizaciones sindicales y partidos políticos. Eso, exactamente, es lo que está pasando en España, y los intelectuales —una parte importante de ellos— viven de vender su palabra. De eso no hay dudas.

¿Por qué esa relación torcida, enfermiza, con Cuba? ¿Por qué ese ensañamiento?

El País tiene vínculos con empresas en América Latina. Los tiene en el sector cubano de Miami, en Venezuela, en México, en Colombia, y probablemente, le apetece también el mercado de una Cuba con la

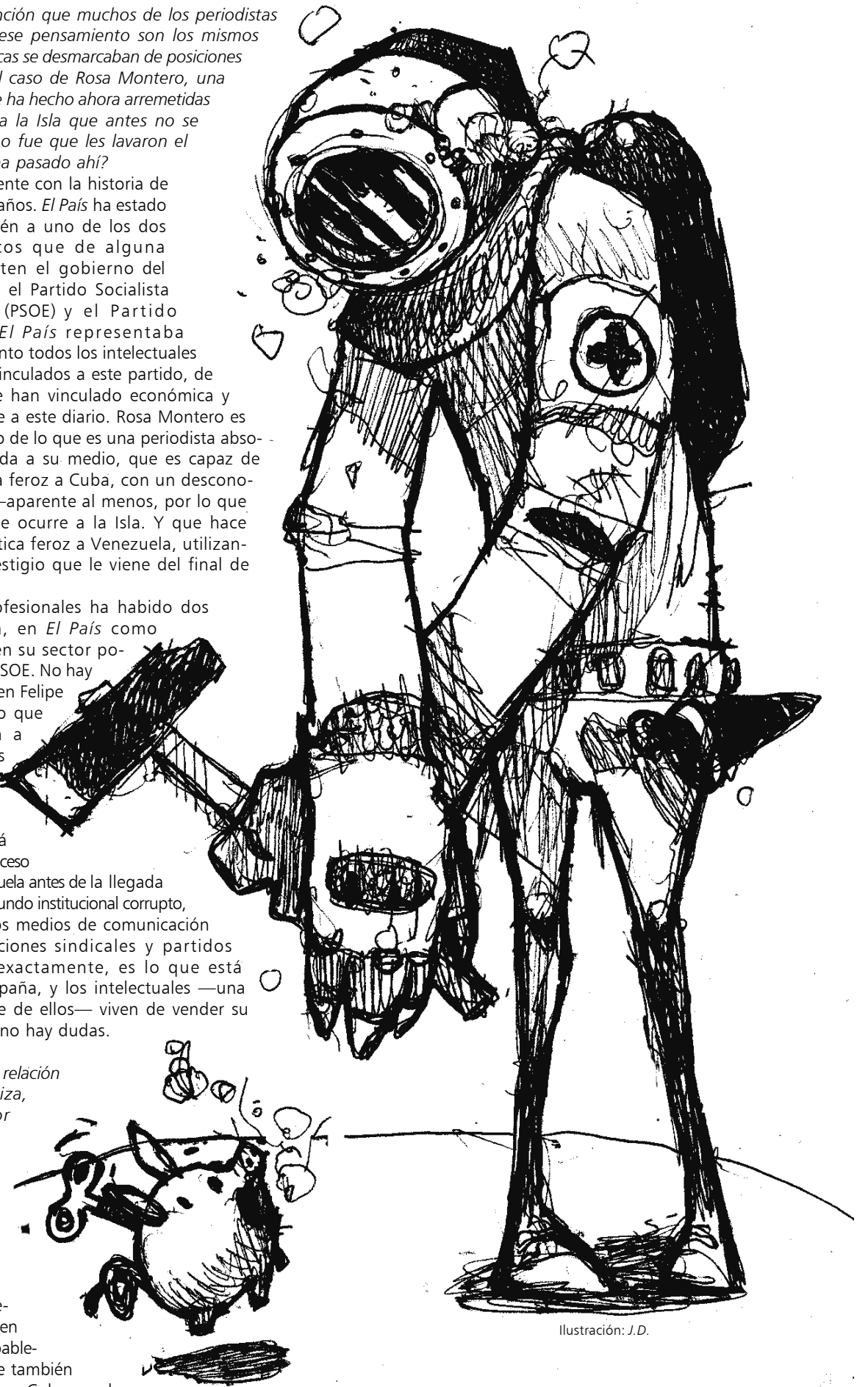


Ilustración: J.D.

Revolución derrotada. Esto no es incompatible con su posición en otros temas. Este periódico defendió de una manera rabiosa la guerra contra Iraq en los momentos en que todavía existían dudas de que eso se realizara. Cuando Powell habló ante el Consejo de Seguridad de la ONU, con todas aquellas mentiras y aquella intervención tan grosera, la página editorial de *El País* dijo que el Secretario de Estado había demostrado que la guerra en Iraq respondía a criterios de legalidad internacional. Ese es *El País*, el mismo que se enfrenta a Cuba, que se dedica a deslegitimar entre sus lectores —la antigua «progresía» española— el sentimiento de que es un crimen atacar a Cuba. Y ese es el papel tan perverso que hace, si tenemos en cuenta que no es un periódico que se lee en la derecha histórica, ni la extrema derecha española representada en el Partido Popular. Va dirigido concretamente a la nueva derecha, la que representa el PSOE...

La de los conversos...

Exactamente... Esa derecha que pudiéramos comparar con la de Carlos Andrés Pérez. Es una derecha con un poder social enorme, con un poder en el campo del pensamiento y de la cultura. Es un pensamiento denigrado y corrompido, pero que todavía tiene una fuerza social enorme.

Por tanto, podemos decir que en la prensa española los sectores populares no están representados. *El País* hace rato dejó de ser la expresión de ningún sector progresista en este país. Es un periódico conservador, con unas especializaciones determinadas. Hoy en día defiende abiertamente la transición hacia modelos neoliberales en América Latina y la lucha contra la resistencia al ALCA o contra procesos revolucionarios como el cubano y el venezolano.

¿Cuán real es el matrimonio entre El País y la revista Encuentro, una publicación eminentemente de carácter político, financiada por el gobierno norteamericano y prohijada por los grupos anticubanos en Miami y España con la complicidad del gobierno del PP?

El grupo PRISA es precisamente quien introduce esta revista en España, y en la prensa escrita su aliado principal es

El País. Se presenta originalmente como un espacio de encuentro de la cultura cubana, pero poco a poco se le ha ido cayendo todo el disfraz. Ahora el discurso político de esta publicación nos presenta que no hay otra cultura en Cuba que la llamada disidencia, dejando fuera a lo mejor y más representado de la vida cultural de la Isla. Es en realidad expresión de un desencuentro, que también se ha asumido como política editorial de *El País*. Ambas publicaciones han reducido la Isla a un «exilio» que no es meramente social, representado fundamentalmente por determinada cantidad de gente radicada en Miami. No, no, no, la han reducido a un exilio político, contrarrevolucionario, parásito de la política anticubana, con un centro de extensión hacia el exterior. Esa es la cultura que promociona *El País*, con todo su cuadro de periodistas.

¿Cómo se sostiene en este panorama la sacrosanta objetividad periodística?

De todas formas, la prensa aquí debe mantener ciertos niveles de credibilidad. Por eso, uno se encuentra a veces con determinados artículos de pensadores con otros puntos de vista. *El País* intenta mantener su prestigio y su crédito. Como le publica con puntualidad los artículos a Vargas Llosa, de vez en cuando se los publica también a Saramago, a Said... De vez en cuando juega con otras opiniones para mantener esa «objetividad», pero mientras mantiene a su escuadra de periodistas e intelectuales, a los que maneja.

En torno a lo que dices, el caso de Cuba es paradigmático. Hace tres días le publicaron a toda plana un artículo a Rafael Rojas —el Posada Carriles ilustrado que dirige la revista *Encuentro*—; ayer, solo mereció tres párrafos la presentación de la *Resolución contra el bloqueo*, en conferencia de prensa del Canciller, y hoy, arremeten con un artículo para débiles mentales firmado por Vaclav Havel, con el añadido de groseras declaraciones de Rajoy —el sucesor designado por Aznar— y otras del propio Presidente del Gobierno español, desde Libia, y sin que vinieran a cuento. Por cada párrafo a favor, ríos de tinta en contra...

Habiendo jugado *El País* en algún momento cierto papel informador de lo que acontecía en Cuba, ha liderado la más reciente campaña mediática contra la Isla de un modo bastante grosero. Ha ignorado, por ejemplo, las esencias del proceso en contra de los llamados «disidentes», que tienen un valor informativo tremendo. Se ha escamoteado la información a sus lectores, tanto los argumentos de fondo para el procesamiento judicial de estas personas, como lo acontecido en torno a Elizardo Sánchez, uno de los grandes «personajes» que escriben a toda página sobre Cuba en *El País*. No se ha dicho nada, y lo poco que se dijo apareció en la esquina izquierda, en una página par, en una columna encabezada por un titular que dice «Nuevo golpe de Cuba contra la oposición», algo que todo el mundo interpreta como más de lo mismo, una reproducción de la noticia de los 75 disidentes juzgados en Cuba y de lo cual se habla todos los días. Es decir, cuando no tiene más remedio que publicar algún hecho, lo hace de esa forma tan desvergonzada.

En la gran pelea de Estados Unidos contra el mundo, este diario se alinea con los ricos, con el mundo neoliberal, con ese capitalismo feroz; en fin, se manifiesta en contra del otro mundo de una manera descarada. Es un gran negocio, con una elite de profesionales muy bien pagados, y con una mayoría de periodistas en la base subempleados, que viven muchos de ellos con contratos basuras —las delegaciones de *El País* en provincia, por ejemplo—, y que no tienen más remedio que someterse a ese medio de comunicación, a sus normas, bajo amenaza de terminar en la calle.

El País nos niega sistemáticamente la parte más importante de la información que se produce en Cuba, y todo lo demás lo manipula, con un descaro tremendo. La información no pertenece de ninguna manera al ciudadano, ni a ninguna organización social. La información pertenece a los medios que son grandes empresas, y que distribuyen su información y sus columnas entre dos sectores políticos que responden a los mismos criterios estratégicos: el PP y PSOE. Y no busque más información. No la hay. ▀

http://www.lajiribilla.cu/2003/n124_09/124_39.html



Los recortes en el presupuesto educativo amenazan con dejar fuera del sistema público a miles de alumnos de Miami-Dade, coartar su futuro laboral y deteriorar la economía y la cultura del condado, por la imposibilidad de las universidades y colleges de compensar el bache financiero mayor en décadas, afirmaron autoridades educativas.

La disminución de fondos, que se ha venido produciendo hace algunos años, alcanzó su punto máximo en el 2003, y las universidades se encuentran en un punto de inflexión donde deben decidir si limitar la entrada de nuevos alumnos o resignar el nivel de educación.

«Estos recortes son gravísimos. Estamos ante la peor crisis en educación superior», calificó el presidente de la Universidad Internacional de la Florida (FIU), Modesto Maidique.

Como última medida, las autoridades de FIU están esgrimiendo la posibilidad de dejar fuera a unos 2 000 alumnos por año, limitando el ingreso hasta 33 000 estudiantes. FIU tiene actualmente 35 000 alumnos.

En el Miami Dade College (MDC) la situación es aún más caótica, según su presidente Eduardo J. Padrón, donde se piensa por primera vez en rechazar a alumnos, dada la imposibilidad de educarlos.

«En los últimos cinco años el Estado no ha financiado los fondos para los 16 247 nuevos estudiantes, lo que equivale a un déficit de \$64 millones», indicó Padrón.

La exclusión de alumnos del sistema tendría consecuencias a largo plazo, según el Presidente de FIU.

«Cada título adicional le agrega al profesional \$25,000 al año. Eso hace una diferencia

de un \$1 millón en la vida de esa persona», apuntó Maidique.

Para el alumnado del MDC, Padrón estipuló que la exclusión educativa implicaría exclusión social y marginalidad.

«Si se ve el perfil de los presos, se nota que son personas sin educación», dijo Padrón.

«Lo que se escatima ahora se pagará más tarde en el sistema judicial, la vivienda pública y asistencia social. Un preso cuesta \$42,000 por año mientras que un alumno del MDC \$3,000», sentenció Padrón.

El ejecutivo del MDC señaló que también afectará el desarrollo económico y la estabilidad social de la comunidad miamense, la cual está basada en la inmigración.

Para compensar la escasez de fondos, FIU debió aumentar el costo de la matrícula un 15% en los dos últimos años, ya que fue en este período donde se produjo un recorte récord de \$23 millones o del 11,5%.

«Los estudiantes pagan más y les damos menos. Hasta ahora hemos subsistido a costa de los estudiantes. Pero no disponemos de dinero para mejorar la Universidad, ni modernizar los laboratorios, ni las condiciones en general», agregó Maidique.

El aumento en la matrícula fue de \$5 millones en el 2002 y el 2003, pero es insuficiente, ya que las necesidades superan los \$7,5 millones.

Para el MDC, subir el costo de la matrícula no es una verdadera opción, «porque el 60% de los estudiantes son de la clase trabajadora y no pueden pagar. Es una barrera para los que más necesitan educación a fin de conseguir buenos trabajos y mejores salarios», enfatizó Padrón.

El MDC aumentó su matrícula en un 8% en el 2003, insuficiente para los 10 000 nuevos inscriptos. El college totaliza 136 000 alumnos.

A su vez, los efectos de la contracción presupuestaria alarman a las autoridades. Entre otros:

- Reducción en el número de clases.
- Aulas atestadas.
- Cancelación de asignaturas claves que demoran la graduación.
- Fuga de profesores.
- Frustración y deserción por parte de los alumnos.

En definitiva, «decrece la calidad de la educación: menos tiempo para más alumnos. Además, perdimos a unos 20 de nuestros profesores más brillantes, que se van de Miami por mejores ofertas y condiciones», señaló Maidique.

Las autoridades tampoco ven esperanza en las becas y préstamos, ya que son limitados y han sufrido recortes.

Los representantes estatales alegan sentirse atados para liberar fondos debido a la situación económica del país, con el agregado del expendio extraordinario que significó la aprobación de la enmienda que limita el número de alumnos por clase.

«La enmienda A9 significó un gasto de \$600 millones. [De no ser por la A9] en educación resolveríamos todo con \$140 millones», explicó Rafael Arza, representante por Miami en Tallahassee y vicepresidente del Comité de educación.

Según Arza, la Florida cuenta con el agravante de que hay mucha demanda por sus centros educativos, clasificados entre los de menores costos en todo el país.

Si bien los legisladores buscan la revocación de la enmienda por referendo, se muestran cautelosos en darla por hecho.

«No podemos depender de la revocación de la A9, ya que puede pasar o no. En cambio, sí dependemos de la economía, al igual que cada año, y no queremos aumentar los impuestos como otros estados», aseveró David Rivera, representante por Miami. ▀

<http://www.lajiribilla.cu/sumario/elgranZOO.html>

Ilustración: Idania

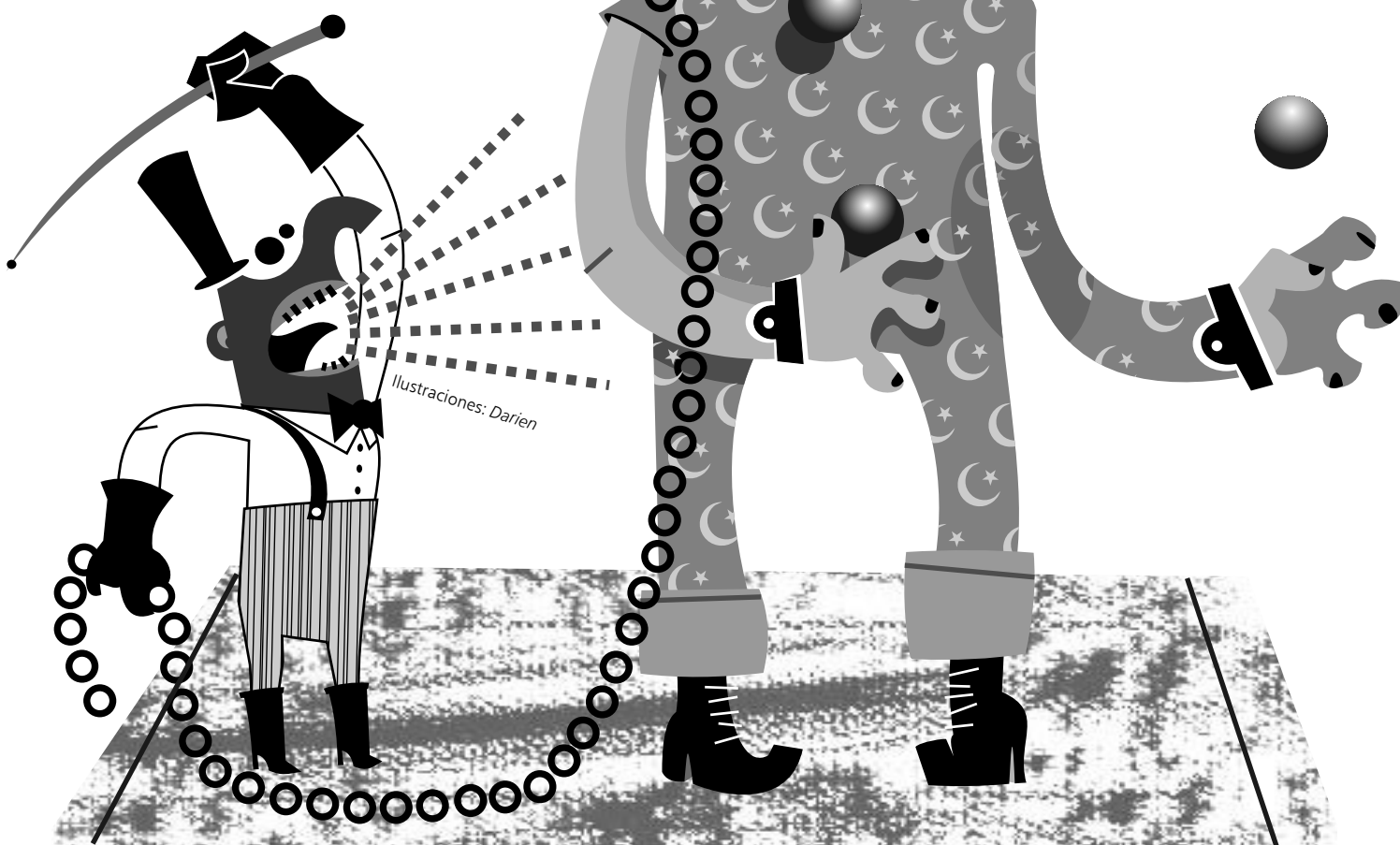
el fondo de la in cultura

El Nuevo Herald

Resiente las aulas el recorte de fondos

el quinto poder

Ignacio Ramonet
Francia



Ilustraciones: Darien

La prensa y los medios de comunicación han sido, durante largos decenios, en el marco democrático, un recurso de los ciudadanos contra el abuso de los poderes. En efecto, los tres poderes tradicionales —legislativo, ejecutivo y judicial— pueden fallar, confundirse y cometer errores. Mucho más frecuentemente, por supuesto, en los Estados autoritarios y dictatoriales, donde el poder político es el principal responsable de todas las violaciones a los derechos humanos y de todas las censuras contra las libertades.

Pero en los países democráticos también pueden cometerse graves abusos, aunque las leyes sean votadas democráticamente, los gobiernos surjan del sufragio universal y la justicia —en teoría— sea independiente del ejecutivo. Puede ocurrir, por ejemplo, que esta condene a un inocente (¡cómo olvidar el caso Dreyfus en Francia!); que el Parlamento vote leyes discriminatorias para ciertos sectores de la población (como ha sucedido en Estados Unidos, durante más de un siglo, respecto de los afroestadounidenses, y sucede actualmente respecto de los oriundos de países musulmanes, en virtud de la «Patriot Act»); que los gobiernos implementen políticas cuyas consecuencias resultarán funestas para todo un

sector de la sociedad (como sucede, en la actualidad, en numerosos países europeos, respecto de los inmigrantes «indocumentados»).

En un contexto democrático semejante, los periodistas y los medios de comunicación a menudo han considerado un deber prioritario denunciar dichas violaciones a los derechos. A veces, lo han pagado muy caro: atentados, «desapariciones», asesinatos, como aún ocurre en Colombia, Guatemala, Turquía, Pakistán, Filipinas, y en otros lugares. Por esta razón durante mucho tiempo se ha hablado del «cuarto poder». Ese «cuarto poder» era, en definitiva, gracias al sentido cívico de los medios de comunicación y al coraje de valientes periodistas, aquel del que disponían los ciudadanos para criticar, rechazar, enfrentar, democráticamente, decisiones ilegales que pudieran ser inicuas, injustas, e incluso criminales contra personas inocentes. Era, como se ha dicho a menudo, la voz de los sin-voz.

Desde hace una quincena de años, a medida que se aceleraba la mundialización liberal, este «cuarto poder» fue vaciándose de sentido, perdiendo poco a poco su función esencial de contrapoder. Esta evidencia se impone al estudiar de cerca el funcionamiento de la globalización, al observar cómo llegó a su auge un nuevo tipo de capitalismo, ya

no simplemente industrial, sino predominantemente financiero, en suma, un capitalismo de la especulación. En esta etapa de la mundialización, asistimos a un brutal enfrentamiento entre el mercado y el Estado, el sector privado y los servicios públicos, el individuo y la sociedad, lo íntimo y lo colectivo, el egoísmo y la solidaridad.

El verdadero poder es actualmente detentado por un conjunto de grupos económicos planetarios y de empresas globales cuyo peso en los negocios del mundo resulta a veces más importante que el de los gobiernos y los Estados. Ellos son los «nuevos amos del mundo» que se reúnen cada año en Davos, en el marco del Foro Económico Mundial, e inspiran las políticas de la gran Trinidad globalizadora: Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial y Organización Mundial del Comercio.

Es en este marco geoeconómico donde se ha producido una metamorfosis decisiva en el campo de los medios de comunicación masiva, en el corazón mismo de su textura industrial.

Los medios masivos de comunicación (emisoras de radio, prensa escrita, canales de televisión, Internet) tienden cada vez más a agruparse en el seno de inmensas estructuras para conformar grupos mediáticos con vocación mundial. Empresas gigantes como

News Corps, Viacom, AOL Time Warner, General Electric, Microsoft, Bertelsmann, United Global Com, Disney, Telefónica, RTL Group, France Telecom, etcétera, tienen ahora nuevas posibilidades de expansión debido a los cambios tecnológicos. La «revolución digital» ha derribado las fronteras que antes separaban las tres formas tradicionales de la comunicación: sonido, escritura, imagen. Permitió el surgimiento y el auge de Internet, que representa una cuarta manera de comunicar, una nueva forma de expresarse, de informarse, de distraerse.

Desde entonces, las empresas mediáticas se ven tentadas de conformar «grupos» para reunir en su seno a todos los medios de comunicación tradicionales (prensa, radio, televisión), pero además a todas las actividades de lo que podríamos denominar los sectores de la cultura de masas, de la comunicación y la información. Estas tres esferas antes eran autónomas: por un lado, la cultura de masas con su lógica comercial, sus creaciones populares, sus objetivos esencialmente mercantiles; por el otro, la comunicación, en el sentido publicitario, el marketing, la propaganda, la retórica de la persuasión; y finalmente, la información con sus agencias de noticias, los boletines de radio o televisión, la prensa, los canales de información continua, en suma, el universo de todos los periodismos.

Estas tres esferas, antes tan diferentes, se imbricaron poco a poco para constituir una sola y única esfera ciclópica en cuyo seno resulta cada vez más difícil distinguir las actividades concernientes a la cultura de masas, la comunicación o la información (1). Por añadidura, estas empresas mediáticas gigantes, estos productores en cadena de símbolos multiplican la difusión de mensajes de todo tipo, donde se entremezclan televisión, dibujos animados, cine, videojuegos, CD musicales, DVD, edición, ciudades temáticas estilo Disneylandia, espectáculos deportivos, etcétera.

En otras palabras, los grupos mediáticos poseen de ahora en adelante dos nuevas características: primeramente, se ocupan de todo lo concerniente a la escritura, de todo lo concerniente a la imagen, de todo lo concerniente al sonido, y difunden esto mediante los canales más diversos (prensa escrita, radio, televisión hertziana, por cable o satelital, vía internet y a través de todo tipo de redes digitales). Segunda característica: estos grupos son mundiales, planetarios, globales, y no solamente nacionales o locales.

En 1940, en una célebre película, Orson Welles arremetía contra el «superpoder» de Citizen Kane (en realidad, el magnate de la prensa de comienzos del siglo XX, William Randolph Hearst). Sin embargo, comparado con el de los grandes grupos mundiales de hoy, el poder de Kane era insignificante. Propietario de algunos periódicos en un solo país, Kane disponía de un poder ínfimo (sin por ello carecer de eficacia a nivel local o nacional (2)) en comparación con los archipoderes de los megagrupos mediáticos de nuestro tiempo.

Estas megaempresas contemporáneas, mediante mecanismos de concentración, se apoderan de los sectores mediáticos más diversos en numerosos países, en todos los continentes, y se convierten de esta manera, por su peso económico y su importancia ideológica, en los principales actores de la mundialización liberal. Al haberse convertido la comunicación (extendida a la informática, la electrónica y la telefonía) en la industria pesada de nuestro tiempo, estos grandes grupos pretenden ampliar su dimensión a través de incesantes adquisiciones y presionan a los gobiernos para que anulen las leyes que limitan las concentraciones o impiden la constitución de monopolios o duopolios (3).

La mundialización es también la mundialización de los medios de comunicación masiva, de la comunicación y de la información. Preocupados sobre todo por la preservación

de su gigantismo, que los obliga a cortejar a los otros poderes, estos grandes grupos ya no se proponen, como objetivo cívico, ser un «cuarto poder» ni denunciar los abusos contra el derecho, ni corregir las disfunciones de la democracia para pulir y perfeccionar el sistema político. Tampoco desean ya erigirse en «cuarto poder» y, menos aun, actuar como un contrapoder.

Si, llegado el caso, constituyeran un «cuarto poder», este se sumaría a los demás poderes existentes —político y económico— para aplastar a su turno, como poder suplementario, como poder mediático, a los ciudadanos.

La cuestión cívica que se nos plantea de ahora en adelante es la siguiente: ¿cómo reaccionar? ¿Cómo defenderse? ¿Cómo resistir a la ofensiva de este nuevo poder que, de alguna manera, ha traicionado a los ciudadanos y se ha pasado con todos sus bártulos al enemigo?

Es necesario, simplemente, crear un «quinto poder». Un «quinto poder» que nos permita oponer una fuerza cívica ciudadana a la nueva coalición dominante. Un «quinto poder» cuya función sería denunciar el superpoder de los medios de comunicación, de los grandes grupos mediáticos, cómplices y difusores de la globalización liberal. Esos medios de comunicación que, en determinadas circunstancias, no solo dejan de defender a los ciudadanos, sino que a veces actúan en contra del pueblo en su conjunto. Tal como lo comprobamos en Venezuela.

En este país latinoamericano donde la oposición política fue derrotada en 1998 en elecciones libres, plurales y democráticas, los principales grupos de prensa, radio y televisión han desatado una verdadera guerra mediática contra la legitimidad del presidente Hugo Chávez (4). Mientras que este y su gobierno se mantienen respetuosos al marco democrático, los medios de comunicación, en manos de un puñado de privilegiados, continúan utilizando toda la artillería de las manipulaciones, las mentiras y el lavado de cerebro para tratar de intoxicar la mente de la gente (5). En esta guerra ideológica, han abandonado por completo la función de «cuarto poder»; pretenden desesperadamente defender los privilegios de una casta y se oponen a toda reforma social y a toda distribución un poco más justa de la inmensa riqueza nacional.

El caso venezolano es paradigmático de la nueva situación internacional en la cual los grupos mediáticos enfurecidos asumen abiertamente su nueva función de perros guardianes del orden económico establecido, y su nuevo estatuto de poder antipopular y anticidadano. Estos grandes grupos no solo se asumen como poder mediático, constituyen sobre todo el brazo ideológico de la mundialización, y su función es contener las reivindicaciones populares que tratan de adueñarse del poder político (como logró hacerlo, democráticamente, en Italia, Silvio Berlusconi, dueño del principal grupo de comunicación trasalpino).

La «guerra sucia mediática» librada en Venezuela contra el presidente Hugo Chávez es la réplica exacta de lo que hizo, de 1970 a 1973, el periódico *El Mercurio* (6) en Chile contra el gobierno democrático del presidente Salvador Allende, hasta empujar a los militares al golpe de Estado. Campañas semejantes, donde los medios de comunicación pretenden destruir la democracia, podrían reproducirse mañana en Ecuador, Brasil o Argentina contra toda reforma legal que intente modificar la jerarquía social y la desigualdad de la riqueza. Al poder de la oligarquía tradicional y al de los típicos reaccionarios, se suman actualmente los poderes mediáticos. Juntos —y en nombre de la libertad de expresión!— atacan los programas que defienden los intereses de la mayoría de la población. Tal es la fachada mediática de la globalización. Revela de la forma más clara, más evidente y más caricaturesca la ideología de la mundialización liberal.

Medios de comunicación masiva y mundialización liberal están íntimamente ligados. Por eso, es urgente desarrollar una reflexión sobre la manera en que los ciudadanos pueden exigir a los grandes medios de comunicación mayor ética, verdad, respeto a una deontología que permita a los periodistas actuar en función de su conciencia y no en función de los intereses de los grupos, las empresas y los patrones que los emplean.

En la nueva guerra ideológica que impone la mundialización, los medios de comunicación son utilizados como un arma de combate. La información, debido a su explosión, su multiplicación, su sobreabundancia, se encuentra literalmente contaminada, envenenada por todo tipo de mentiras, por los rumores, las deformaciones, las distorsiones, las manipulaciones.

Se produce en este campo lo ocurrido con la alimentación. Durante mucho tiempo, el alimento fue escaso y aún lo es en numerosos lugares del mundo. Pero cuando gracias a las revoluciones agrícolas los campos comenzaron a producir en sobreabundancia, particularmente en los países de Europa occidental o de América del Norte, se observó que numerosos alimentos estaban contaminados, envenenados por pesticidas, que provocaban enfermedades, causaban infecciones, generaban cánceres y todo tipo de problemas de salud, llegando incluso a producir pánico en las masas como el mal de la «vacaca loca». En suma, antes uno podía morir de hambre, ahora uno puede morir por haber comido alimentos contaminados...

Con la información, sucede lo mismo. Históricamente, ha sido muy escasa. Incluso actualmente, en los países dictatoriales, no existe información fiable, completa, de calidad. En cambio, en los Estados democráticos, desborda por todas partes. Nos asfixia. Empédocles decía que el mundo estaba constituido por la combinación de cuatro elementos: aire, agua, tierra, fuego. La información se ha vuelto tan abundante que constituye, de alguna manera, el quinto elemento de nuestro mundo globalizado.

Pero al mismo tiempo, uno comprueba que, al igual que el alimento, la información está contaminada. Nos envenena la mente, nos contamina el cerebro, nos manipula, nos intoxica, intenta instilar en nuestro inconsciente ideas que no son las nuestras. Por eso, es necesario elaborar lo que podría denominarse una «ecología de la información». Con el fin de limpiar, separar la información de la «marea negra» de las mentiras, cuya magnitud ha podido medirse, una vez más, durante la reciente invasión a Iraq (7). Es necesario descontaminar la información. Así como han podido obtenerse alimentos «bio», a priori menos contaminados que los demás, debería obtenerse una suerte de información «bio». Los ciudadanos deben movilizarse para exigir que los medios de comunicación pertenecientes a los grandes grupos globales respeten la verdad, porque solo la búsqueda de la verdad constituye en definitiva la legitimidad de la información.

Por eso, hemos propuesto la creación del Observatorio Internacional de Medios de Comunicación (en inglés: Media Watch Global). Para disponer finalmente de un arma cívica, pacífica, que los ciudadanos podrán utilizar con el fin de oponerse al nuevo superpoder de los grandes medios de comunicación masiva. Este observatorio es una expresión del movimiento social planetario reunido en Porto Alegre (Brasil). En plena ofensiva de la globalización liberal, expresa la preocupación de todos los ciudadanos ante la nueva arrogancia de las industrias gigantes de la comunicación.

Los grandes medios de comunicación privilegian sus intereses particulares en detrimento del interés general y confunden su propia libertad con la libertad de empresa, considerada la primera de las libertades. Pero la libertad de empresa no puede, en ningún caso, prevalecer sobre el derecho de los ciudadanos a una información rigurosa y verificada ni servir de pretexto a la difusión consciente de informaciones falsas o difamaciones.

La libertad de los medios de comunicación es solo la extensión de la libertad colectiva de

expresión, fundamento de la democracia. Como tal, no puede ser confiscada por un grupo de poderosos. Implica, por añadidura, una «responsabilidad social» y, en consecuencia, su ejercicio debe estar, en última instancia, bajo el control responsable de la sociedad. Es esta convicción la que nos ha llevado a proponer la creación del Observatorio Internacional de Medios de Comunicación, Media Watch Global. Porque los medios de comunicación son actualmente el único poder sin contrapoder, y se genera así un desequilibrio perjudicial para la democracia.

La fuerza de esta asociación es ante todo moral: reprende basándose en la ética y sanciona las faltas de honestidad mediática a través de informes y estudios que elabora, publica y difunde.

El Observatorio Internacional de Medios de Comunicación constituye un contrapeso indispensable para el exceso de poder de los grandes grupos mediáticos que imponen, en materia de información, una sola lógica —la del mercado— y una única ideología, el pensamiento neoliberal. Esta asociación internacional desea ejercer una responsabilidad colectiva, en nombre del interés superior de la sociedad y del derecho de los ciudadanos a estar bien informados. Al respecto, considera de una importancia primordial los desafíos de la próxima Cumbre Mundial sobre la Información que tendrá lugar en diciembre próximo, en Ginebra (8). Propone además prevenir a la sociedad contra las manipulaciones mediáticas que, como epidemias, se han multiplicado estos últimos años.

El Observatorio reúne tres tipos de miembros, que disponen de idénticos derechos: 1) periodistas profesionales u ocasionales, en actividad o jubilados, de todos los medios de comunicación, centrales o alternativos; 2) universitarios e investigadores de todas las disciplinas, y particularmente especialistas en medios de comunicación, porque la Universidad, en el contexto actual, es uno de los pocos lugares parcialmente protegidos contra las ambiciones totalitarias del mercado; 3) usuarios de los medios de comunicación, ciudadanos

comunes y personalidades reconocidas por su estatura moral...

Los sistemas actuales de regulación de los medios de comunicación son en todas partes insatisfactorios. Al ser la información un bien común, su calidad no podría estar garantizada por organizaciones integradas exclusivamente por periodistas, a menudo vinculados a intereses corporativos. Los códigos deontológicos de cada empresa mediática —cuando existen— se revelan a menudo poco aptos para sancionar y corregir los desvíos, los ocultamientos y las censuras. Es indispensable que la deontología y la ética de la información sean definidas y defendidas por una instancia imparcial, creíble, independiente y objetiva, en cuyo seno los universitarios tengan un papel decisivo.

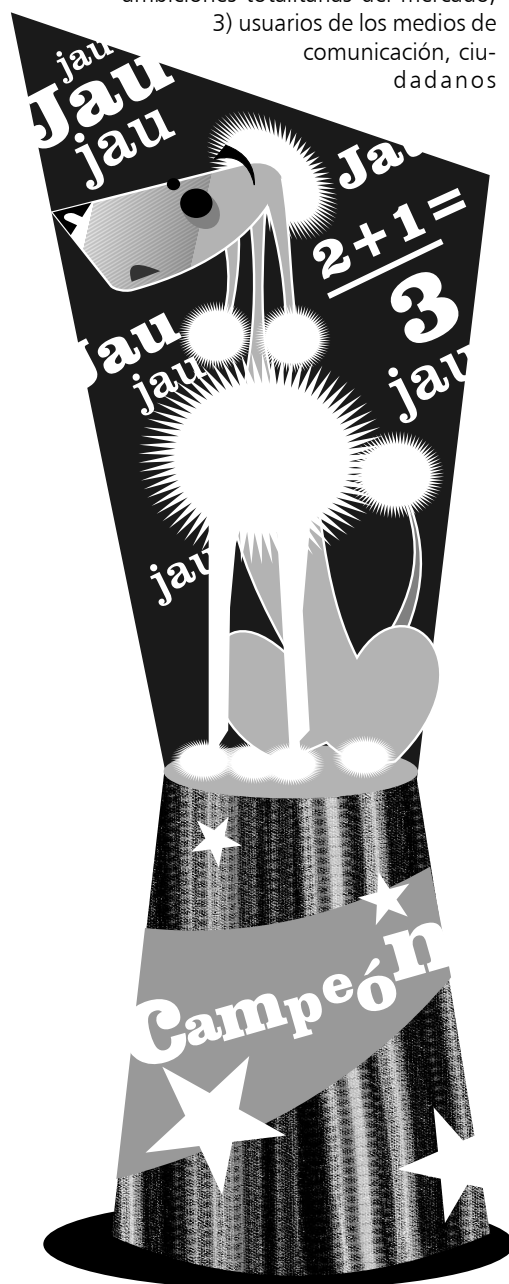
La función de los *ombudsmen* o mediadores, que fue útil en los años 1980 y 1990, está actualmente mercantilizada, desvalorizada y degradada. Es a menudo un instrumento de las empresas, responde a imperativos de imagen y constituye una coartada barata para reforzar artificialmente la credibilidad de los medios.

Uno de los derechos más preciados del ser humano es el de comunicar libremente su pensamiento y sus opiniones. Ninguna ley debe restringir arbitrariamente la libertad de expresión o de prensa. Pero las empresas mediáticas no pueden ejercerla sino bajo la condición de no infringir otros derechos tan sagrados como el de que todo ciudadano pueda acceder a una información no contaminada. Al abrigo de la libertad de expresión, las empresas mediáticas no deben poder difundir informaciones falsas, ni realizar campañas de propaganda ideológica, u otras manipulaciones.

El Observatorio Internacional de Medios de Comunicación considera que la libertad absoluta de los medios de comunicación, reclamada a viva voz por los dueños de los grandes grupos de comunicación mundiales, no podría ejercerse a costa de la libertad de todos los ciudadanos. Estos grandes grupos deben saber de ahora en adelante que acaba de nacer un contrapoder, con la vocación de reunir a todos aquellos que se reconocen en el movimiento social planetario y que luchan contra la confiscación del derecho de expresión. Periodistas, universitarios, militantes de asociaciones, lectores de diarios, oyentes de radios, telespectadores, usuarios de Internet, todos se unen para forjar un arma colectiva de debate y de acción democrática. Los globalizadores habían declarado que el siglo XXI sería el de las empresas globales; la asociación Media Watch Global afirma que será el siglo en el que la comunicación y la información pertenecerán finalmente a todos los ciudadanos. ■

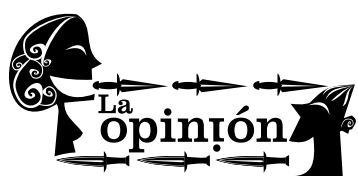
NOTAS:

- (1) Ignacio Ramonet, *La tiranía de la comunicación*, Madrid, Temas de Debate, 1998; y *Propagandas silenciosas*, Instituto Cubano del Libro, La Habana, 2001.
- (2) Véase, por ejemplo, en Italia, la superpotencia mediática del grupo Fininvest de Silvio Berlusconi, o en Francia, la de los grupos Lagardère o Dassault.
- (3) Presionada por los grandes grupos mediáticos estadounidenses, la Federal Communications Commission (FCC) de Estados Unidos autorizó, el 4 de junio de 2003, la flexibilización de los límites a la concentración: una empresa podría controlar hasta el 45% de la audiencia nacional (contra el 35%, en la actualidad). La decisión debía entrar en vigor el 4 de septiembre último, pero debido a que algunos ven en ella «una grave amenaza para la democracia», fue suspendida por la Corte Suprema.
- (4) Ignacio Ramonet, «El crimen perfecto», *Le Monde Diplomatique*, edición española, junio de 2002.
- (5) Maurice Lemoine, «Laboratorios de la mentira en Venezuela», *Le Monde Diplomatique*, edición española, agosto de 2002.
- (6) Y muchos otros medios de comunicación, como La Tercera, últimas Noticias, La Segunda, Canal 13, etc. Véase Patricio Tupper, Allende, la cible des médias chiliens et de la CIA (1970-1973), Editions de l'Amandier, París, 2003.
- (7) Ignacio Ramonet, «Mentiras de Estado», *Le Monde Diplomatique*, edición española, julio de 2003.
- (8) Armand Mattelart, «La clave del nuevo orden internacional», *Le Monde Diplomatique*, edición española, agosto de 2003. Tomado de *Le Monde Diplomatique*, edición española.



insurrección

el rival de BUSH



Lisandro Otero
México



gustavo@enerca.com

mismo que estuvo junto a Al Gore durante su campaña presidencial. Clark cuenta a su favor que es una cara fresca en el panorama político.

Hasta ahora el único de los nueve precandidatos demócratas que había despuntado con ciertas posibilidades era el ex gobernador de Vermont, Howard Dean, pero el grupo de Clinton estima que sería un casi seguro perdedor frente a Bush y tratan de bloquear su candidatura. Es probable que frente a las demostraciones de fuerza y prepotencia que ha dado Bush, los demócratas no quieran oponerle un candidato que ofrezca una imagen de debilidad. Un ex general sería la figura ideal para decirle al pueblo norteamericano que el timón está en manos fornidas. Los reiterados y agresivos ataques republicanos contra Clark son el mejor indicador de que sería el enemigo a temer. Muchos analistas evocan a Dwight Eisenhower como el antecedente directo de Clark, un general presidente que entregó una sensación de seguridad nacional al pueblo estadounidense. Pero otros suscitan el nombre de Alexander Haig como el de un general presidenciable, que perdió unas elecciones.

En Estados Unidos crece la impresión de que ocurrirá una muy probable derrota de Bush en las próximas elecciones. El creciente desempleo, la recesión económica, la interminable sangría de cadáveres jóvenes en Iraq, lo hacen muy vulnerable ante una opinión pública que se le está volviendo adversa y lo demuestran las encuestas. Se espera que el debate político en la próxima campaña versará básicamente sobre la economía, y ese es el punto más vulnerable de Bush.

Por ahora las encuestas señalan que Clark cuenta con un 49% de respaldo en la opinión de posibles votantes frente a un 46% de Bush, en una encuesta de *Gallup*, *CNN* y *USA Today*. Y eso teniendo en su contra que no posee aún un nombre reconocido. Hay comentaristas que estiman que Clark escogió el momento apropiado para anunciarse como precandidato, cuando Bush comienza a hundirse en el descrédito y pierde el aura que lo había acompañado tras el 11 de septiembre. El tejano está perdiendo apoyo a un ritmo de un 10% mensual.

El senador Edward Kennedy ha dicho que Bush no cuenta con una política de posguerra en Iraq, que improvisa cada día y el resultado es que los norteamericanos allí se han convertido en un tiro al blanco. Quizás el mejor resumen de la situación fue hecho por el director del Centro de Estudios Políticos de la Universidad de Virginia, Larry Sabato: «Una buena economía pudiera compensar por un mal Iraq, pero un buen Iraq no puede compensar por una mala economía».

http://www.lajiribilla.cu/2003/n125_09/laopinion.html

Como si fueran pocas las tribulaciones que se ciernen sobre el incapaz Bush ahora ha surgido una nueva: ya nació el candidato que puede arrebatarle la presidencia el año que viene. Hasta ahora todos los que se insinuaron como posibles contendientes eran líderes de poca monta, nombres desconocidos, al menos internacionalmente, hombres sin experiencia de estadista ni luces diplomáticas. El general retirado Wesley Clark, se lanzó al ruedo con un discurso en *Little Rock* más el apoyo del clan Clinton y de la izquierda del partido demócrata.

Sus críticos señalan que es un militante demócrata de último minuto y un desconocido para las grandes mayorías de la nación. Tampoco posee experiencia en los asuntos nacionales. También ven como una desventaja que se haya tardado tanto en lanzarse como candidato y comenzar su campaña. Clark fue comandante en jefe de la OTAN, dirigió la campaña bélica en Kosovo y últimamente se desempeñaba como especialista en asuntos militares de la cadena *CNN*. Se graduó en West Point y obtuvo la prestigiosa beca Rhodes para realizar estudios en Oxford, Inglaterra. Es un católico converso, de ascendencia judía. Llegó a alcanzar el rango de general de cuatro estrellas antes de jubilarse.

Por lo pronto, Clark ya declaró que está a favor del aborto legalizado, de la unión civil para homosexuales y en contra de las drásticas reducciones de impuestos que para beneficio de los ricos decretara Bush. Se ha opuesto a la guerra en Iraq, caracterizándola como el mayor error de Bush. Los especialistas esperan que adopte muchas de las posiciones políticas que animaron a Bill Clinton. El equipo de asesores que lo acompaña es el

Jefe de Redacción:

Nirma Acosta

Diseño:

Eduardo Sarmiento
Daríen Sánchez

Ilustraciones:

Camaleón



Webmasters:

René Hernández
Janios Menéndez
Corrección:
Odalys Borrell
Grechel Calzadilla

Consejo de Redacción:

Manuel H. Lagarde
Julio C. Guanche
Rogelio Riverón
Bladimir Zamora
Omar Valiño
Joel del Río
Daniel García
Ernesto Sierra
Jorge Ángel Pérez

Instituto Cubano del Libro, Palacio del Segundo Cabo
O'Reilly #14 esq. Tacón, La Habana Vieja.
☎ 862 8091 ✉ jiribilla@cubarte.cult.cu Precio: \$1.00
www.lajiribilla.cubaweb.cu www.lajiribilla.cu

Impreso en los talleres del Combinado Poligráfico Granma

